

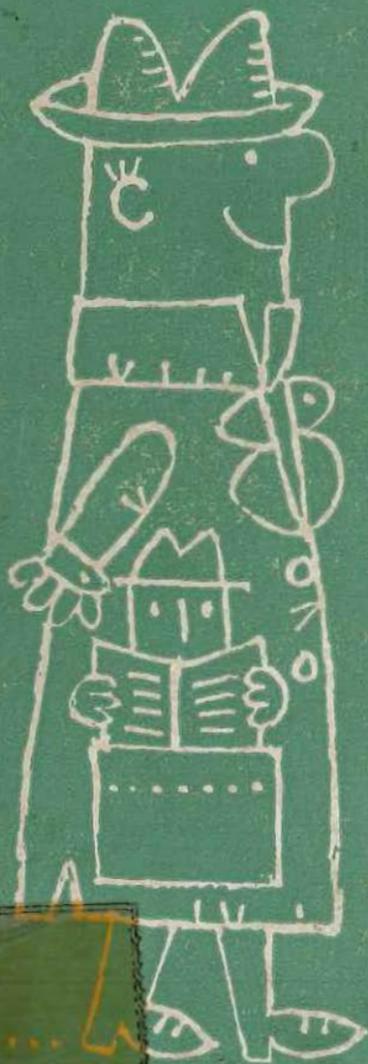
EL AGUJERO EN LA PARED

CARLOS MARIA
GUTIERREZ

GUT

Ilustraciones del autor

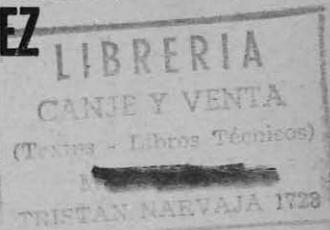
BOLSILIBROS ARCA



EL AGUJERO EN LA PARED

CARLOS MARIA
GUTIERREZ

GUT



Ilustraciones del autor

© 1968 Arca Editorial
Colonia 1263, Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

ARCA/Montevideo

**A María Noel, para
que empiece a leer
cosas serias.**

PROLOGO

La incomprensible carrera literaria de Gut se desarrolla entre 1953 y 1963, año de su desaparición. Aunque la Interpol ha desarrollado varias teorías sobre la misma, la carencia del *corpus delicti* ha impedido que se responsabilice a nadie de ese fausto acontecimiento. Diversos trámites que legalicen el hecho (moratorias, apertura de sucesión, cobro de recompensas ofrecidas por la policía de varios países) han quedado en suspenso por esa causa, pero la innegable distensión social que él produjo está evidenciada por la actitud de esta prestigiosa editorial, la cual —restando sensatamente importancia a la eterna tentativa de socavamiento institucional que fue la vida del libelista que nos ocupa— publica ahora esta antología en papel ordinario, tipografía pasada de moda y formato prácticamente despreciable.

He querido contribuir al desenmascaramiento definitivo del autor —con quien me unió en algún momento el incómodo vínculo de maestro y discípulo, al que finalmente renuncié luego de mi fracaso en enseñarle las primeras letras y expulsé de mi hogar— interviniendo personalmente en la selección de sus textos*, editados durante una década en LUNES y MARCHA. Que este volumen sirva de ejemplo y terrible escarmiento para los que pretendan seguir los pasos del miserable desaparecido.

Baltasar Pombo

* Naturalmente, he corregido la ortografía, la sintaxis y la prosodia. También, he puesto al día algunas fechas y nombres.

I - USOS
Y COSTUMBRES

El director de **El Heraldo del Funcionario Postal** — mensuario donde me desempeñé como cronista y corredor de avisos— me llamó a su despacho. Allí, sonriendo misteriosamente y obsequiándome con el resto del habano que estaba fumando, me preguntó:

—¿Tiene usted una remera a rayas?

—Sí, señor director.

—¿Y un par de mocasines marrones, con hebilla dorada?

—Por supuesto.

—¿Y un pantalón celeste, de poplín brillante?

—No faltaba más, señor Director.

—¿Y un pañuelito de cuello, preferentemente a lunares y entonado con la remera?

—Bien. ¿Y otro equipo de recambio, acaso?

—Como es lógico, señor director. Poseo también una remera lisa, verde iguana, un par de mocasines blancos con vira marrón, un pantalón beige de tela pilot y un pañuelo púrpura, a rombos.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que es el panamericanismo?

—En absoluto.

Mi director se levantó ruborizado de emoción y me estrechó entre sus brazos:

—¡Admirable, hijo mío! Queda designado corresponsal de **El Heraldo del Funcionario Postal** en la conferencia de Presidentes en Punta del Este. Tome estos 200 pesos para gastos de alojamiento, transporte y varios, y buena suerte.

Veinticuatro horas después me encontraba en la oficina de prensa de la Conferencia, a los efectos de acredi-

tar mi condición periodística. Una señorita de dorados cabellos, ojos verdes y vaqueros Lee convenientemente lijados para avejentarlos a la moda, me atendió:

—¿Señor?

—Soy corresponsal de **El Heraldo del Funcionario Postal**, señorita.

—¿Corresponsal del qué?

—De **El Heraldo del Funcionario Postal**, para la conferencia.

—¿Qué conferencia?

—La de Presidentes, señorita.

—¿Ah, pero hay una conferencia de Presidentes?

—Por supuesto.

—¿Y aquí, en Punta?

—Efectivamente.

—¡Ay, pero qué regio! ¡Isabeau, Isabeaul! ¡Mirá lo que dice este tipo: que en Punta hay una conferencia de Presidentes. Señor: ¿de Presidentes de qué?

Creí llegado el momento de poner las cosas en claro.

—Señorita —dije con mi tono más firme— ¿Qué oficina es esta?

—¿No vió el letrero al entrar, señor? Oficina de Prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores.

—¿Y usted no sabe que hay una conferencia de Presidentes?

—¡Jesús, señor! Una no puede estar en todo. Bueno, de cualquier manera ahora no lo puedo atender porque a mediodía hay un swimming-rummy en la pisci de Isabeau y tengo que ir a peinarme. Vuelva mañana, más bien tarde.

Algo desalentado, resolví buscar alojamiento. Averiguando cuál era el hotel más barato de Punta del Este, vadee los bañados y zanjones que conducían a él y, una vez en la casilla, pedí para hablar con el dueño y mantuve el siguiente diálogo:



- Peidón, caballero. ¿Tendría usted aloj...?
- No.
- Quiero decir: ¿no le quedaría alguna piecicit...?
- No.
- Bueno, en ese caso, ¿un altill...?
- No.
- En fin, ¿un rinconcito en el garaj...?
- No.
- ¿Y si durmiera ahí, en el jard...?
- No.

Finalmente me retiré, pidiéndole disculpas por haberlo molestado y establecí campamento en una cómoda restinga, a escasos kilómetros de la avenida Arocena.

Esa misma mañana, sabiendo que el Presidente de Cipayagua acababa de llegar a Punta del Este, me propuse hacerle un reportaje exclusivo. Siete tentativas de llegar hasta el fundamental estadista fracasaron ignominiosamente. Sin cejar en mi intento, apliqué durante dos noches compresas yodadas a las mordeduras de los perros boxer que los guardaespaldas del Presidente lanzaban contra los intrusos y luego me hice anunciar como enviado especial de la Sociedad Interamericana de Prensa, de parte del doctor Carlos Manini Ríos. Fuí recibido esta vez entre aplausos, silbidos de regocijo y risas generales. La conversación se desarrolló en estos términos:

- ¿Usted cree, señor Presidente, que...?
- Por favor, mi amigo. Dejemos ese punto.
- ¿Y en cuanto a la posibilidad de...?
- A ese respecto, las posiciones de mi gobierno son claras y terminantes. No, en absoluto.
- ¿Y la...?
- En eso seremos más intransigentes que nunca. El proceso del Continente, la historia de Cipayagua y los antecedentes de las anteriores conferencias panamericanas así lo abonan. No puede haber dos actitudes y adhiere a la tesis citada, sin reservas.

—Pero entonces...

—No exactamente de ese modo. Más bien, procurando mantener el concepto doctrinario tradicional, adecuado a la coyuntura económica. Pero eso sí, primero los principios.

—¿De manera que puede afirmarse la...?

—Usted me ha interpretado, querido amigo. Yo también he sido periodista y comprendo su actitud.

—Gracias, señor Presidente. Un honor haberlo conocido.

—Adiós, mi amigo. Y ya sabe, todo lo conversado queda entre colegas. Olvídense de que es periodista, y discreción. Si publica una sola línea lo desmiento ¿eh?

Aseguré al Presidente que no saldría nada de nada y me retiré sollozando, entre los ladridos de los perros.

El anónimo decía: "Señor Adalbert Perina: su esposa lo engaña con Oduvaldo Kant, todos los miércoles, de 17 a 20 horas, en la habitación 313 del hotel Mignon de esta ciudad. Un amigo".

Ese miércoles cargué mi pistola Luger con balas dum-dum, localicé en la guía telefónica la dirección del hotel y a las 17 y 15 derribé a patadas la puerta de la habitación 313. En un amplio lecho los dos amantes se alzaron semidesnudos, llenos de horror. Disparando desde la cadera, alojé dos balas en la frente del miserable, que murió en el acto. Después apunté hacia la arrastrada que, en ropas menores, gimoteaba despavorida sobre la alfombra y vacié sobre ella el resto del cargador. A continuación descolgué el tubo del teléfono y dije con voz serena al empleado de la recepción: "Llame a la policía. Se ha cometido un doble crimen pasional en la habitación 313".

Entonces me senté en un sillón a esperar lo inevitable y caí en la cuenta de que soy soltero, de que no me llamó Adalbert Perina sino Pascual Muntz y de que no tengo ningún amigo.

El crimen había sido repugnante y toda la opinión pública se sintió soliviantada, no sólo por la edad del protagonista (triste ejemplo de cómo la sociedad había descuidado sus deberes al no condenarlo a trabajos forzados cuando —según se supo— a los 7 años había roto un farol jugando en la calle a la pelota) sino también por los valores inmanentes que su acción había ultrajado.

Páginas enteras de la prensa fueron dedicadas con discreción a relatar el asunto, y en honor del periodismo nacional debe decirse que evitaron todo sensacionalismo. Proporcionaron eso, sí, las informaciones objetivas que debían servir como elemento de juicio a la indignada opinión pública: que el pequeño miserable provenía de una pareja de concubinos (el padre, a su vez, era bigamo en Bahía Blanca, donde su primera esposa cantaba en un cabaret del puerto y la segunda era mechera), que la madre ejercía un triste comercio en cumplimiento de tradiciones familiares y que en 1917 un tío carnal registraba entradas policiales en Sarandí Grande por ebriedad, exhibicionismo y ausentismo electoral; otros detalles morbosos —presunta amistad equívoca del menor con un barrendero jubilado de filiación anarco-castrista, vicios secretos de su hermanita, primo edil heberista— fueron aludidos, con elogiada ética periodística, en forma lateral y mencionados como "sin confirmación".

La policía, a la que después se sumaron el Ejército y —una vez que los protagonistas de un naufragio que estaba transcurriendo desde hacía 72 horas en las restingas de la playa Ramírez, perecieron de inanición, ahorrimento o simplemente ahogados— los helicópteros de

la Marina y de la Fuerza Aérea, organizó exitosamente el acorralamiento. Era ridículo suponer que el vil sujeto hubiera escapado al exterior; todas las fronteras estaban celosamente vigiladas (en patriótico gesto, empresas azucareras de la zona suspendieron temporariamente la importación clandestina de braceros brasileños) y las autoridades militares encargadas de la represión del contrabando vacuno dieron orden a los regimientos fronterizos de que ejercieran de verdad su vigilancia, por una semana. Un pasquín de izquierda —que de inmediato fue clausurado por decreto, con confiscación de bienes y deshonor de por vida para sus redactores— aventuró la hipótesis de que el criminal hubiera salido hacia el Brasil disfrazado de bolsa de arroz, Chevrolet último modelo con chapa diplomática o novillito precoz, pero la insidia fue anulada de inmediato con dos editoriales de la prensa seria, una audición de la Cadena Andebu y el rumor sobre un posible manifiesto del Ateneo.

El país entero dejó por una semana de pensar egoístamente en los problemas individuales, originados en la preocupación materialista de la suba de precios, la devaluación del peso y las medidas de pronta seguridad, para mantenerse absorto y espiritualmente comprometido con el emocionante proceso de la cacería, donde estaban en juego principios morales y las bases fundamentales de la nacionalidad que nos legó el Prócer. Por encima de discrepancias circunstanciales, los partidos tradicionales se unieron en la condenación del delincuente y el ministro del Interior habló por una cadena de radio y televisión, fundamentando jurídicamente el derecho de la sociedad a defenderse. Casi de inmediato se formó una Comisión Nacional Pro Defensa de la Sociedad, que incluía una Sub Comisión de Damas y Comités Delegados Departamentales, y abrió una cuenta corriente en el Banco de la República para recibir donaciones de los ciudadanos demócratas. Paralelamente, la Asociación

Protectora de Animales “San Judas Tadeo” inició una colecta callejera con el lema “Si los niños son irrecuperables, dé para los animalitos de Dios”, y la Liga de Beneficencia, presidida por la Primera Dama, organizó un desfile de modelos de primavera a beneficio de los cantegriles, mientras el partido Comunista recogía firmas para repudiar la actitud policial y reclamar el comercio con la Unión Soviética.

Finalmente, el sórdido individuo fue atrapado. Pese a tener ya 13 años y ser anormalmente desarrollado, había estado concurriendo durante toda la semana a sus clases habituales en el Liceo, disfrazado de infante juvenil, refugiándose para dormir en funciones de la Comedia Nacional. Maniatado de acuerdo a su peligrosidad, fue conducido al Juzgado de Instrucción entre doce soldados armados a guerra, mientras que en las aceras la ciudadanía gritaba su repudio al sujeto y cerca de cien taximetristas hacían sonar las bocinas de sus vehículos y pretendían linchar al extraviado menor. Con increíble cinismo —y al mismo tiempo que un cronista policial le tomaba las medidas frenológicas para el artículo de la tarde— el feroz individuo confesó todo ante el Juez (aunque no pudo firmar la confesión debido a una molesta afección a la vista, que le había inflamado ambas órbitas, provocado la fractura de tres dedos y seis costillas y hecho perder tres dientes) y añadió: “Sí, ahora reconozco que hice mal en ir a jugar al futbolito”. Una ola de justificado furor colectivo recorrió la nación cuando se supo además que el repudiable ser había inducido a sostener con él un partido de futbolito al hijo de un progresista cabañero del Norte muy conocido por sus experimentos técnicos de cruzamiento de razas para obtener mejores y más rendidores peones y para que el ganado vacuno consumiera menos alimentos (o al revés, no me acuerdo bien). Manifestaciones cívicas, encabezadas por dirigentes de OR.PA.DE. recorrieron las calles

al grito de "¡La pena máxima! ¡La pena máxima!" y monseñor Corso ofició una misa campal en repudio al pecado y a la guerra de guerrillas. Entonces, con vista fiscal favorable, el Juez dictó sentencia, condenando al delincuente a la pena de vida.

EL ESPAÑOL EN EL AIRE

El avión se detuvo y vi que en la pared del descolorido edificio decía "CARRASCO-URUGUAY". Había llegado a destino. Apreté confiadamente el pequeño librito que me había dado la azafata y bajé, extrañándome de no ver indígenas con trajes típicos. Aquí estaba yo, Edgar Emptybrains, cronista del *Kalamazoo Mirror*, de Kansas, en mi primera misión de corresponsal extranjero.

Al anunciarme mi partida, Mr. Beast, el editor jefe del *Mirror*, me explicó: "Edgar, muchacho, tienes que ir al Uruguay para escribir un buen reportaje sobre el Colegiado". Yo no sabía lo que era el Colegiado, pero Mr. Beast sí. Ordenando por el intercomunicador que me descontaran dos días de salario por ignorante, Mr. Beast aclaró pacientemente: "Parece que se trata de un nuevo juego de salón. Los juegos de salón se han convertido para los uruguayos, después que inventaron la canasta, en una industria de exportación. El Colegiado se practica en torno a una gran mesa. Un equipo de seis juega contra un equipo de tres; la formación de los equipos se hace por un método copiado del sistema republicano de gobierno. A la vez, en el equipo mayor y en el menor, se desarrollan campeonatos internos por puntajes y, en caso de empate puede haber transferencias porque el Reglamento, denominado Ley de Lemas, es decir..." Aquí Mr. Beast tartamudeó imperceptiblemente y luego agregó, dándome una paternal palmada en el hombro: "Bien, sabrás los detalles cuando llegues". Objeté que no sabía italiano; Mr. Beast, luego de ordenar que me descontaran cuatro días, me dió otra gran palmada, esta vez con el puño cerrado y en el occipucio. "¡Edgar! —exclamó

algo furioso— ¡Hijo de un negro, votante de JFK! ¿No sabes que en el Uruguay se habla español?” Cometí el error de decir que no y perdí el resto de mi sueldo por esa semana, recibiendo además una atroz bofetada. “¡Edgar! —bramó entonces mi jefe— ¡Te ahogas en un vaso de agua! Cuando subas al avión pide el Diccionario de Frases Útiles en Español, que la azafata te proporcionará gratuitamente. Allí tendrás todo el vocabulario que necesites, con la exacta pronunciación española. Y ahora vete, Edgar, antes de que me enfurezca y te envíe a cubrir una conferencia de prensa de Lyndon B. Johnson”.

Todo salió como dijo mi jefe. Durante el viaje estudié cuidadosamente el pequeño diccionario y, especialmente, la fonética adjunta. Mr. Beast tenía razón: allí estaba todo y yo podía desempeñarme perfectamente sin intérpretes.

En Carrasco pasé rápidamente los trámites de Aduana. Después, dije a un changador: “Sírvase llamar un taxi”, pero como estaba en el diccionario, es decir: “Seehr-vah-seh yah-mahr oon tak-see”. El nativo cayó al suelo entre alaridos de gozo y convulsiones histéricas. En consecuencia, me dirigí a la salida y subí a un taxi. Una vez en el hotel, pregunté si constaba mi reserva de pieza, en la forma aconsejada por el diccionario: “Tee-eh-neh oos-teh mee reh-sehr-vah-seeohn?”, con el resultado de una neurosis hilarante en tres empleados y un botones que rodaron por la alfombra llenos de júbilo. Ante esta conducta incomprensible traté de comunicarme con el cónsul norteamericano y dije a un señor que parecía el gerente: “Dohn-deh ehs-tah ehl teh-leh-foh-noh?” El señor se desplomó a mis pies gritando como un marrano y ahogándose en su propia saliva. Finalmente, ya irritado, llamé a un camarero que pasaba: “Eh, kah-mah-reh-roh” y el muchacho, poniéndose súbitamente rojo, me dijo algo así como “Tu abuela” (Too ah-booch-lah) y siguió de largo.

Ya en la certeza de que los nativos —como todos estos pueblos simpáticos pero subdesarrollados— aún no habían aprendido su idioma, pedí la cuenta (“Lah koo-ehn-tah, pohr fah-vohr”) y abandoné el hotel. Afortunadamente en la otra cuadra había un letrero que decía, en correcto inglés, “HOTEL”, y allí penetré, pidiendo un cuarto. Queriendo saber cuánto costaba el cuarto, cometí el error de preguntar “¿Koo-ahn-toh vah-leh?”, con el consabido resultado de que el funcionario del mostrador desapareciera convulsivamente tras el mismo, al mismo tiempo que decía el precio entre salvajes carcajadas. Siguiendo las instrucciones del diccionario respondí: “Ehs moo-choh” y lo interrogué acerca de si tenía “Ahl-goh mahs bah-rah-toh”, pero no recibí respuesta, a no ser un rumor continuo, alternado con rugidos y toses.

En consecuencia decidí dejar el Uruguay, ante las costumbres incomprensibles de sus habitantes. Primero, pasé por una peluquería para afeitarme y me sentí francamente molesto cuando al explicarle al barbero en claro y perfecto español: “Seer-vah-seh ah-fay-tahr-meh”, sólo obtuve confusos bramidos y ojos en blanco que revelaban una alegría incontenible, mientras un rugiente coro se elevaba desde los bancos de lustrar zapatos. Entonces omití esta última operación, por temor a que los palurdos no entendieran la sencilla frase de “Seehr-vah-seh loos-trahr-meh los sah-pah-tohs” y me dirigí al aeropuerto, a tomar el avión de regreso.

Antes pasé por el Correo, luego de haber preguntado: “¿Dohn-deh ehs-tah ehl Koh-reh-oh?”, y de haber obtenido una estampilla (“Deh-seh-oh ooh-nah ehs-tahm-pee-yah pah-rah ehs-tah kahr-tah”) y remití a Mr. Beast mi diccionario, para que aprenda y cuando yo llegue a Kalamazoo podamos dialogar en español.

DECALOGO DEL ASQUEROSO

1. — Toda la humanidad es material odiable. No hay que dejarse impresionar por bebés rubicundos en sus cochecitos. Se les mirará a los ojos, procurando descubrir en ellos a los futuros infidentes, jueces de fútbol, etc. Si ostentan un babero que dice, "No me beses", se les besará repetidas veces lo más cerca posible de las fosas nasales. Si están llorando, es recomendable dejarles la mamadera donde puedan verla pero no alcanzarla.

2. — Las viejecitas y los inválidos se han hecho para viajar parados en los vehículos de transporte colectivo. Se procurará permanecer a su lado esperando a que se desocupe un asiento y luego, graduando con precisión el tiempo (para que se ilusionen) ocuparlo uno mismo en el momento que ellos dan el suspiro de alivio. No olvidar un discreto pero intenso pisotón. En caso de amputados, se dejará caer un fósforo encendido junto a la pierna ortopédica.

3. — Para un asqueroso con conciencia, un padre primerizo es un objetivo ineludible. El campo de acción será, preferentemente, la sala de espera de las Maternidades. No es conveniente operar con asistencia menor a seis padres, por razones de psicología de masas. En la disertación inicial se desarrollarán exhaustivamente los temas de la fiebre puerperal, los trastornos post operatorios y la falta de higiene en los sanatorios, añadiendo alguna breve anécdota sobre olvido de instrumentos en pacientes mal cosidos. Al oír los primeros vagidos será el momento de relatar un episodio cuidadosamente documentado sobre la habitualidad del trueque de identidades en las nurseries. Si los oyentes demostraran desinterés, se recurrirá a la historia del niño con seis dedos en cada

mano, aludiendo al mecanismo de la partenogénesis y la ineluctabilidad de los cromosomas. También deberá excitarse el escepticismo de los padres en materia de filiación.

4. — Los mozos de café no se llamarán a chistidos, ni por su apellido, evitando así una intimidación que conduzca a la falta de respeto. El procedimiento aconsejado es levantar el brazo derecho y castañetear los dedos, sin mirar al sujeto. La actitud puede ser mejorada si se continúa leyendo o conversando con un interlocutor durante el castañeteo. Se sabe de mozos que sometidos a este tratamiento durante una jornada de labor, han experimentado alentadores trastornos psicossomáticos y crisis depresivas agudas. Un efecto complementario y muy conveniente es arrojar la moneda de la propina en la bandeja, para que suene espectacularmente. Se constatará al instante que la gente de otras mesas fija la mirada en el mozo y, en esos casos, la expresión del sujeto y cierto temblor de barbilla y la dilatación del iris que pueden registrarse, serán un satisfactorio resultado.

5. — Nadie tendrá derecho a considerarse asqueroso en plenitud, si no ha trazado por lo menos una inscripción pornográfica en algún gabinete higiénico. Es muy útil llevar siempre encima una lista de direcciones y teléfonos de jovencitas recién presentadas en sociedad, curas párrocos, presidentas de sociedades protectoras de animales y madres de amigos de la infancia. Siguiendo un cuidadoso orden preferencial, esos datos se anotarán con lápiz tinta o *dry-pen* al pie de frases reveladoras de tristes debilidades humanas, procurando no escribir sobre azulejos (fácilmente limpiables) sino sobre paredes de cal y a alturas resguardables. Un resultado más inmediato se obtendrá si se elige el gabinete de un café adonde concurren el novio de una de aquellas jovencitas o un amigo de la infancia.

6. — Para un asqueroso no hay nada mejor que otro asqueroso. Especialmente en reuniones particulares, cum-

pleaños de quince y bodas de plata, se deberá estimular en asistentes novicios o desorientados, las posibilidades latentes que dejen entrever. Si se tuviera la buena suerte de encontrar entre la concurrencia un asqueroso auténtico, mayor de edad y en buenas condiciones, miel sobre hojuelas. En ese caso y en pocos minutos puede formarse un equipo que, no por improvisado, dejará de proporcionar grandes satisfacciones. Tareas menores pueden ser encargadas a los novatos, a saber: a) abrir de pronto la puerta del baño donde hace diez minutos se ha introducido una señora congestionada y decir clara y distintamente, antes de cerrar: "Perdón, caballero; no lo había visto"; b) dejar cigarrillos encendidos sobre manteles de nylon o de encaje de Malinas; c) pararse contra la pared apoyando el taco de goma en el empapelado y desplazarse lentamente, en esa posición, a lo largo de la pieza; d) escupir dentro de cerámicas danesas.

El experto, en cambio, se dedicará a tareas de mayor enjundia. Es muy eficaz mirar largamente, con aire de discreta estupefacción a la joven señora del matrimonio recién presentado y musitar como para uno mismo, en tono audible: "Caramba... Hubiera jurado que... Realmente... Pero no, naturalmente". Si el marido no se diera por enterado, debe añadirse: "Perdón, señora. Pero el miércoles usted no estaba en... No, no puede ser, por supuesto". El tono que adquirirá la piel del esposo y la parálisis general de la joven señora serán el indicio de que uno debe retirarse a disfrutar el momento. Se ha notado que en un gran porcentaje de casos, el matrimonio abandona precipitadamente la reunión, casi sin despedirse, lo que evidencia la mala educación del despreciable género humano.

7. — El apartidismo político es una de las condiciones esenciales del asqueroso, ya que le permitirá operar cómodamente con afiliados de todos los sectores. Los procedimientos más usados, en este campo, son el de recopilar discursos y declaraciones formuladas en las úl-

timas elecciones por un dirigente que acabe de proclamar su fidelidad al líder del partido; el de grabar con pequeños aparatos a transistores lo que el dirigente dice en la mesa del Tupí o del Jauja y editarlo como separata de la versión de sus palabras en el Parlamento; en fin, el de publicar mensualmente la lista de diputados que han importado autos baratos y la de directorios de sociedades anónimas. Cabe advertir, sin embargo, que el campo político ha sido ya casi abandonado por los asquerosos vocacionales y desinteresados —es decir, por los artifices que conservan celosamente las reglas de un arte incomprendido— debido al intrusismo de los asquerosos profesionales y rentados.

8. — Aunque no como condición ineludible, es conveniente que el asqueroso posea automóvil. Ello abre una interesante gama de posibilidades. Conviene ensayar primero las condiciones operativas en empresas menores. Los expertos señalan que el pasaje por una escuela primaria a la hora de salida, manteniendo una velocidad de 120 kilómetros por hora, con escape libre y claxon oprimido, ha sido la causa de numerosos casos de deficiencias glandulares, trastornos pre puberales, incontinencia nocturna, deformación de retina y complejos de Edipo. Los días de lluvia con formación de charcos en el pavimento no deben desaprovecharse; es particularmente útil reiterar en esas oportunidades el denominado "efecto rasante" optando normalmente por viejecitas jubiladas, niños en traje de primera comunión y, en lo posible, mendigos de edad propecta.

9. — Las condiciones de asqueroso no reconocen limitaciones de sexo. Una mujer con clara conciencia de su posibilidad y una decidida vocación, tendrá siempre ventajas sobre un asqueroso masculino, debido a sus cualidades genéricas. La asquerosa, sin embargo, deberá cuidarse de ejercer el odio, como sería su tendencia, únicamente sobre las mujeres, dadas las notables condiciones operativas que ofrece el otro sexo. Imposible de-

tallar aquí la complejidad de situaciones favorables que puede ofrecer a una asquerosa integral el conjunto de sus relaciones masculinas. Baste solamente establecer algunas normas generales, a saber: a) hasta los 30 años el hombre es despreciable; b) de los 30 a los 50 años, el hombre es despreciable, incomprensivo y estúpido; c) desde los 50 años hasta su muerte, el hombre es despreciable, incomprensivo, estúpido y reblandecido; d) todas las personas que no son hombres, merecerían serlo; e) debemos vengarnos preventivamente de los hombres y/u otras personas.

10. — El asqueroso no nace, se hace, y el periodismo ayuda.

SONETARIO NACIONAL

Soneto para exquisitas del Sorocabana

Delicado miraje el de tus sienas
que derrama la torre marfilina
de tu cuello en sazón, por donde viene
a trazar su sutil huella ambarina

el beso azul que se fugó a la esquina
de tu hombro ebúrneo, ese que mantiene
tu fábrica perfecta y saturnina,
tu par arquitectura sin sostenes.

Deja ya tu costado sin sollozos,
tu casta cerradura sin candado,
tu sosiego lunar sin los rebozos

que Diana te otorgó, para mi enfado,
e iré en tu pos, mujer, entre los mozos,
a ver si alguien me paga este cortado.

Soneto para concurso del Ministerio de Cultura

Ya me salgo de mí, ya me deslomo,
y tuerzo el día hacia el confín lejano,
atraveso tomado de tu mano
la ceniza en que yazgo y donde como.

Es tu viña de hiel la que te aroma
mientras penetro en el desierto arcano
donde muere la muerte de mi hermano
y llora Eros lágrimas de plomo.

¿Quién entiende mi súplica y mi ruego?
¿Adónde voy? ¿En qué tormento me hallo?
Corola ajada y del color del fuego

mi corazón es un voraz caballo
y tú, el establo cruel donde me entrego.
¡Viva Pacheco! ¡Viva Alba Roballo!

Soneto para que traduzcan en París

Yo soy buena y me gusta la poesía.
Yo soy casta y camino por la arena.
Mi mano abierta, mi caricia fría,
dicen que yo soy casta y también buena.

Vivo en mi casa y tengo mucha pena
y tengo padre, madre y una tía.
Yo soy una tranquila flor serena
que perfuma al costado de la vía.

Mi verso es casto, bueno y muy tranquilo,
no uso palabras raras o innombrables,
mi verso es vertical, igual que un templo.

Cualquier puede comprender mi estilo
casi sin diccionarios incomprables
como el Petit Larousse, por ejemplo.

Soneto de poetisa joven

Juana escondida, viña de la espuma,
marina corza que el delfín no alcanza,
Juana de aljófara, canto en alabanza
de tu resina en flor, torre de bruma.

Dos palomas sostienen tu costado
y un viento de suspiros te atraviesa,
Juana transida y en sollozos presa,
niveo asfodelo, sueño amortajado.

¿De qué espesura acechas, oh, encantada,
la gris canción de tu verano triste?
¿Hacia qué luto vas, oh, ensimismada?

¿Cuándo, Juana, gacela que no embiste,
me escribirás el prólogo, ay, soñada
mujer, que cierta vez me prometiste?

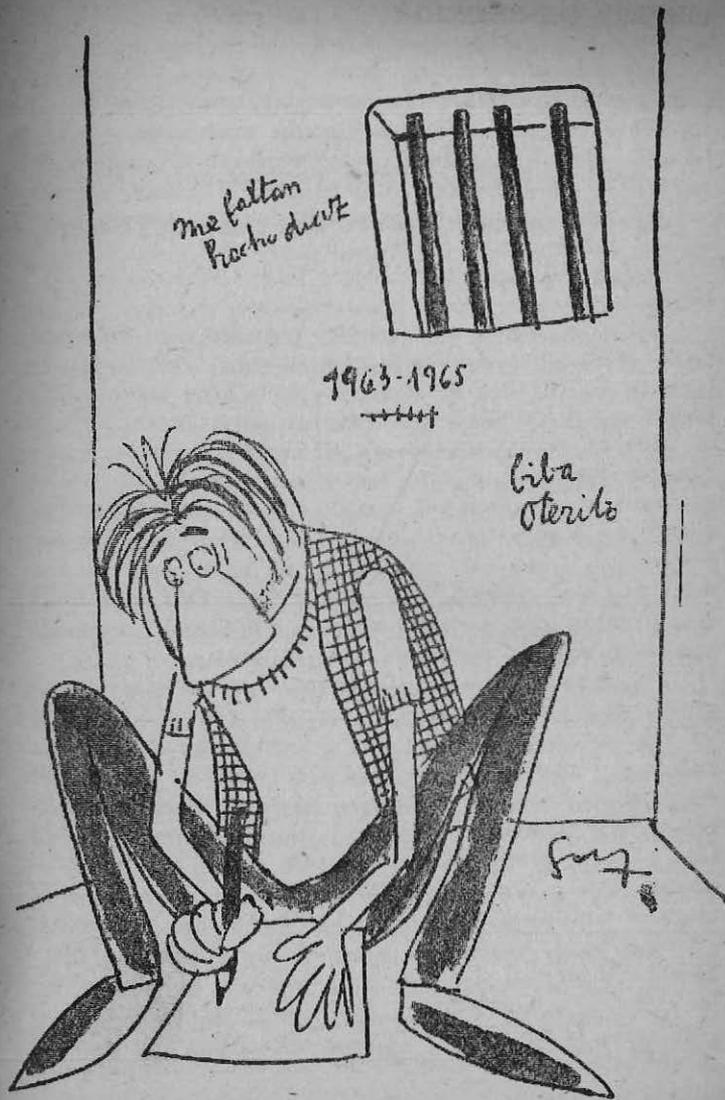
Cuarta de Fierro, a 10 de los precentes.

Senior Concerjero Nasional don Luis Pallas Pérez.

Querido gefe:

Tomo la pluma en la mano y molesto a usted para elebar a Su Ebcelensia una quega contra prosedimientos polisiale impropio desta hora de curtura y respeto a las libertá individualmente consideradas que nuestro gobier-no impulsa vorasmente desde que semo malloría, u sea que decídme usted, senior Concerjero, que vapasar el día que sonemo nel comiccio, si ahora biene cualquier milico desastroso, con perdon de la cara de Su Ebcelensia y se en-troduce alebosamente nel clús y nos corta la racha que justo yo lestaba disiendo al Martincho guambia la perica que asoma la pata y en ese presicso istante el guampas de hule éste biene y nos da la vox de preso.

No deceo abundiar en detalles pues Su Ebcelensia, que malquebien sabe leer y esrebir, abráse henterado ya por el diaro del atropelio incalificado cometido en nuestras personas, que nos portaron codo con codo como bulgares timberos y suerte que nuestro candidacto, prestijioso companiero de ideas y garantía del halquiler del clús y de la operasion que ize para ponerme los masti-cantes, doptor Zorrilio, se abivó a tiempo y rajó por el tragalux y después aguambió un rato y cuando estábamo en cana porporceonando la fileación lejítima al esre-biente este doptor piernaso va y liama por telefo al cumba viejo de la comizaría y todos ómo el chamuyo y la gozábamo como enanos, cuyo diálogo trascrigo literata-mente fidedipno a Su Ebcelensia, almirado gefe, para que



apresieis usted el balor cúbico del candidacto que nos honra. "Ola, ola, (va y dise el doptor que es un piquito de oro, no despresiendo) por uno desos porsiacasos no podría ablar con el Coimizaro, de parte del doptor Emergensio Zorrilio y Obes?" Tonce tendría que aber bisto, Su Ebcelensia, como el cumba viejo y castigador de pungas de malpelo se bino de jalea propeamente y se endulsó con el rigor dese apellido bárbaro. "Sí, doptor, comonó doptor, no faltaría más doptor, un equíboco claro doptor, mis respeto al senior Concerjero Pallas Pérez doptor" y metaiponga en tal forma y manera que liá todos recogimos las cacharpas y tuti cuanti y afetamo cara de caballeros ofendido para recibir las disculpa del cumba y hasta el escriba dejó la lapisera y héte aquí nuestra sorpresa cuando el albitrario gerarca pega la retranca y agarra y le retruca al doptor: "El problema es que tengo órdenes del Menistro, doptor, y no se menoge" y que patatín y que patatán la cosa es que sosprevisamente tonce colga el telefo sudando como chanco herbido, mala comparasión con perdón de Su Ebcelensia y va y dise como a la almófera, sin mirar a naide: "tan todos loco nunca se bio nada paresido y yo que ago dios mío ahora que me faltan seis mese para el premiorretiro" y tenblava como bara berde y se depeinava todo que me caiga muerto, Su Ebcelensia, que me acordaba a usted, recordáis, en aqueya parte tan belia que se mandó nel discurso de Paysandú. Mal momento que aproveché el Martincho para agarrar corage y meterla hasta el borsilio donde guarda los sietebelos de repuesto, porque qué se le hoccure a este hijo de la granbretaña sino que va y le ronca al cumba viejo que se cuidara el cargo que coimizaros hay muchos pero ciudadano como los abago firmantes nada más que poco y seletos y que clús sin entretenimientos es clús al agua y que más bale que nos debolbiera las sumas encautadas y los emplementos de trabago que vastante nos costó el agugerito con plomo del dado y

taparlo otra vez y que desde cuando un onrrado harte-sano es persesguido y sí savía quién era el capo en el gobierno.

Total quel ombre se puso libido y nos miraba como si fuera a rebentar y le salía una hespumita y empezó a decir "pa-pa-pa" y el Martincho ba y dise lo mas frexco: "Claro, Pallas Pérez", pero el cumba se atraganta y le ruje al escrebiente: "¡páselos!".

De manera y modo, querido Gefe, questa es la situación, de gran delicadesa y inominia, porque ase dos días que no abrimo el clús y semo en cana encomunicado y a la desposición del Jué. Digo yó, senior Concerjero, y el Martincho questá nel fondo vuscando jabón amarillo para efectuar unos dado rumidentario ya que los milico cobraron oy y todos los día nase uno, surscribe con mí esta terrogante: ¿será posible que, como hosa desir la oposición, habría discrepansia de criterio en la saltas esfera soficiales? ¿Ese seniorcito Menistro podrá más que el doptor Zorrilio, nuestro anegado candidacto nuebamente dispuesto a ofreser su colaboración con Su Ebcelensia desde la vanca que sea, enclusive la hanónima y modesta de la quinela sesional? ¿Permanecerá mudo y zurdo el Comité Ejecutibo del Partido ante esta hofensa a dos jóbenes atibistas como el Martincho y mí, sepultados en las mazamurras polisianas como en hépocas que paresían superada, cuando los hesbirros de la ditadura ultragaban a la ciudadanía democrática?

Elebo a Su Ebcelensia esta nota de apelasión aprovechando aber conosido fugasmente aquí a un tira de su custodia y que me dijo que oy iba a berlo porque usted hiba aser un paseo democrático hentre el pueblo sin guardaespalderos y tonce le dí la nota. Pienze que los comiccio están próximo y que con conferensistas y otras morondangas no van a yenar el clús. Y además, que esta atitud ilegalista del Menistro está lesionando la libertá de reunión que es libre por ser un derepcho constitucio-

nal y el doptor Zorrilio le puede decir si no es cierto que ya tenemo òfresimiento para istalar la carpeta en otro clús alversario así que pensadlo ustedé, senior Concerjero y resiba los respetuosos y almirativos decesos de buena salú en compañía de los sulios.

TOTO BASTOENPUERTA

(a) Yema de Orlón

LA NAVEGACION AEREA

Lunes, 09:30.

Mañana mi abuelita de Artigas cumple 93 años y le daré una sorpresa apareciéndome por allá. Viajaré en avión, porque me encanta la economía y la velocidad. Amo al pájaro alado del progreso. En el mostrador de PLUNA donde intento adquirir el pasaje, me atiende una señorita que bosteza. Dialogo con la señorita.

YO: Psst.

SEÑORITA: Uuuuaah.

YO: Psst.

SEÑORITA: Diga.

YO: Un pasaje de ida y vuelta para Artigas.

SEÑORITA: ¿Edad, nacionalidad, estado civil, ocupación en los últimos quince años, domicilio aquí, domicilio allá, color del iris, índice frenológico, certificado de jura de la bandera, carnet de identidad, peso, número que calza, motivo del viaje, radiografía del tórax, nombre y ocupación de los padres, cuánto se va a quedar, hijos en edad escolar, enumere los bultos de mano, qué asiento prefiere?

YO: P-pero...

SEÑORITA: Bien, en realidad no hace falta. Pase por la Caja y lleve el importe justo. El vuelo sale de Carrías+co a las 7 y 30. Deberá estar aquí a las 3 y 30 de la mañana. Cien pesos para el ticket del ómnibus por favor.

YO: Bué.

SEÑORITA: Uuuuaah.

Lunes, 11:30.

Estoy en la Caja, esperando a que regrese el cajero, quien a las 10 y 30 fue a hacerle punta al lápiz en la Sección Suministros. Parece que el sacapuntas está en un cuartito de la derecha, donde ya entraron tres rubias y un mozo con cortados, y salieron el mozo sin cortados y dos rubias.

Lunes, 12:00.

CAJERO (que vuelve): ¿Qué lápiz? ¿Quién es usted? ¿Pasaje? No, ahora la Caja está cerrada. Vuelva a las 16 y 30, con el importe justo en billetes nuevos.

Lunes, 17 y 30.

Ya tengo el pasaje de ida y vuelta y el ticket del ómnibus. El vuelo durará apenas una hora y cincuenta minutos. Parece mentira. Abuelo me contaba que en sus tiempos se demoraba hasta una semana, por carretera. Papá, cuando fue, demoró dos meses. Claro que cuando volvió mamá había comprado camas separadas y papá nunca volvió a ser el de antes.

Martes, 03:15.

Estoy esperando el ómnibus, en la oficina del centro. Me levanté a las 2 y gasté \$ 185.50 en taxi desde Belvedere, para llegar a tiempo. En el mostrador, me atiende un señor que bosteza.

YO: Psst.

SEÑOR: Uuuuaah.

YO: ¿Ya vino el ómnibus?

SEÑOR: Hable más fuerte. ¿Qué ómnibus?

YO: Para ir al aeropuerto.

SEÑOR: ¿Qué aeropuerto?

YO: El aeropuerto de donde sale el avión.

SEÑOR: ¿Qué avión? ¿Quién es usted? ¿Quién soy yo? ¿Dónde estoy? Uuuuaah. ¡Ah, el ómnibus! No vino todavía.

Martes, 11:45.

El ómnibus no ha llegado, porque el vuelo se retrasó. Ahí viene el ómnibus. Me siento, nos sentamos y partimos. El chofer conversa con la tripulación del avión, que viaja junto a los pasajeros en actitud democrática que la honra. Oigo trozos de la charla. Parece que el chofer del ómnibus se durmió porque anoche debió traer de madrugada desde Punta del Este a no sé qué presidente, que no podía manejar el coche oficial debido a una indisposición. Me emociono, pensando en los sacrificios que deben realizar los hombres públicos a cargo de las empresas del Estado.

Martes, 12:30.

Ya estamos en el aeropuerto. Me siento muy excitado ante la perspectiva del viaje. Un señor con mameluco blanco y uñas negras me quita de la mano el portafolios donde llevo una novelita de Mickey Spillane y el paquete de almendras para la abuela. Lo sigo hasta la aduana. El señor toma una brocha llena de engrudo y me arruina para siempre el portafolios, pegándole encima una etiqueta y atándole otra en el asa. Lo pesa. Me pesa. Parece que me pasó en el peso. El señor de blanco tira el portafolios en una vagoneta llena de valijas. Encima pone un baúl y oigo a las almendras de abuelita hacer cracracrac.

Martes, 13:10.

Me empujan hacia un pequeño mostrador, donde hay cuatro jóvenes vestidos de azul con brillantes galo-

nes de oro. Uno está escribiendo algo y moja el pulgar en las amígdalas para dar vuelta las hojas de algo. Otro habla con una azafata maquillada y le dice por qué no le trajo el extracto Nuits de desire en el vuelo 143. Otro grita por teléfono a un señor que se llama Operador y dice que no le grite. El cuarto bosteza y me mira.

JOVEN 4º: Uuuuaah.

YO: Podría decirm...

JOVEN 4º: Llegó tarde.

YO: Lo que quiero es preg...

JOVEN 4º: Hay que venir más temprano. Ya cerramos la lista.

YO: Pero es que tengo un pasaj...

JOVEN 4º: Hay que avivarse, amigo.

YO: Es que mi abuelit...

JOVEN 4º: No se gaste.

YO: (Hablando ligerito) Peroesquetengounpasajepara Artigasiestoienlalista.

JOVEN 4º: ¿Y por qué no se explica claro? ¡Qué fenómeno, los uruguayos nunca aprenderán a viajar! A ver, muestre. Ta bien. ¿Equipaje, documentación, ticket de bodega? Ajajá. Bueno, espere por ahí.

YO: ¿Cuándo sale el avión?

JOVEN 4º (A JOVEN 3º): Vó, mirá qué pregunta.

Martes, 14:55.

El avión, según el Joven 3º, está demorado. Dialogo con el Joven 3º:

YO: Perdón, señor... ¿Por qué está demorado el avión?

JOVEN 3º: Plafón bajo.

YO: No entiendo.

JOVEN 3º: Condiciones operacionales, ¿no entiende? Artigas cerrado.

YO: ¿Quéé? ¿Y mi abuelita se quedó adentro?

JOVEN 3º: Vaya, señor. Espere y no moleste al personal técnico. Por el parlante le van a avisar.

Martes, 16:00.

Me compré un chocolatín, pero igual tengo hambre. Le pregunto al Joven 1º si aquí hay un restaurante. Me dice que, sí, en el segundo piso, ascensor de la derecha. Pretendo entrar al ascensor y un hombre con cara de portero me pide credenciales. Al mostrarle mi pasaje, me ordena que me dirija a la sala de aduana, exigiéndome que permanezca allí hasta que se me haga el examen médico de la cuarentena, porque vengo de San Pablo, donde hay cólera. Empiezo la discusión con el hombre con cara de portero, al que se le ha agregado un portero con cara de hombre y dos funcionarios de Inmigración.

Martes, 16:30.

He triunfado en la discusión, demostrando fehacientemente que nadie en mi familia ha estado nunca en San Pablo y que no vengo, sino que voy. Subo al restaurante. Almorzaré como si fuera un viajero internacional. Mi viejo sueño se cumple.

Martes, 17:45.

El mozo no viene. Comienzo a inquietarme.

Martes, 18:00.

Llega el mozo con la lista. Hago cálculos mentales y pido un sandwich de queso, una cocacola y nada más. El mozo se ríe a carcajadas y se va.

Martes, 18:15.

Algo preocupado por la tardanza, reitero el pedido al mozo, que está limpiándose las uñas con un tenedor, en un ángulo del salón. El mozo viene y saca el sandwich del bolsillo. Se olvidó de la cocacola, pero no importa. Mastico despacio, haciendo tiempo.

Martes, 19:00.

Está anocheciendo. Me siento melancólico. Pido la cuenta al mozo, que instantáneamente me la presenta: Son \$ 228.40, distribuidos así: sandwich, \$ 100.40; Derecho de piso, \$ 25.00; Porcentaje de Comedor, \$ 50.00; Porcentaje de cocina, \$ 35.00; Contribución Voluntaria para el Fondo de Aeropuertos: \$ 18.00. Pago y bajo por la escalera. Oigo al altoparlante que está diciendo algo como "Brrroomtrácate - trácateartigas". Corro hacia la oficina de PLUNA. Allí me entero de que el vuelo está suspendido por falta de repuestos hasta el martes próximo.

Martes, 21:00.

Estoy en el Sorocabana. Pagué \$ 975.00 de taxi desde Carrasco, porque el ómnibus no transporta a pasajeros que no hayan llegado. Como yo tampoco salí, mi caso pasó a estudio del Directorio, pero el chofer no me dejó subir. Pienso en abuelita y en papá. Lloro.

LA MUERTE CAMINA HACIA SCALDAFERRO. (Nouvelle objetivo-policíaca)

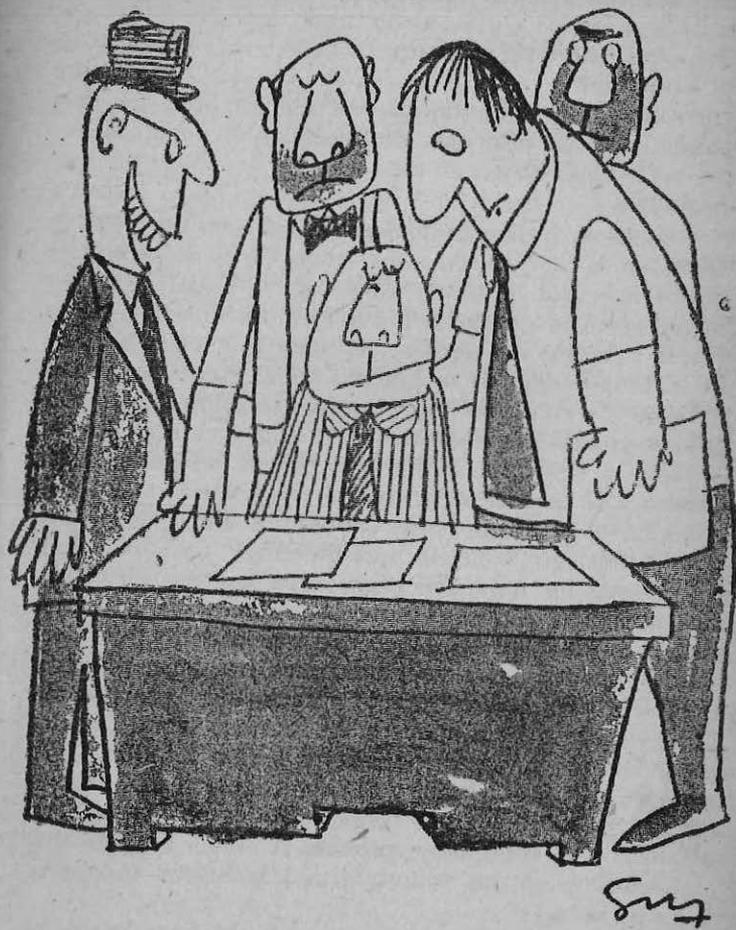
A las 18.30 horas, William Natalio Scaldafarro, cronista policial, entró en la redacción del diario donde trabajaba. Deteniéndose ante la puerta del despacho del Secretario, pintada de gris y con vidrios esmerilados, dijo: "Muy buenas tardes, señor". Cinco pasos más adelante, hizo un alto ante el escritorio del Jefe de Informaciones y dijo: "Buenas tardes". Al llegar a su mesa de trabajo, lanzó un saludo circular con la mano izquierda a los demás redactores y dijo: "Buenas". Quitándose el saco, lo colgó en una percha de unos ciento cincuenta centímetros de altura, tubular, esmaltada en negro, que se encontraba contra la pared adosada a un archivo clausurado. Sucesivamente, extrajo de los bolsillos del saco: un paquete de cigarrillos negros (abierto); un lápiz rojo; un lápiz azul; un sacapuntas; un encendedor imitación Zippo, con iniciales que no correspondían a su nombre; un paquete (empezado) de pastillas de menta; una lapicera esferográfica imitación Parker; un escapulario de la Santísima Virgen de la Macarena que lo acompañaba desde la muerte de su madre, por anorexia; 22 maníes que había comprado poco antes al manicero de Olimar y 18 de Julio, estacionado en la vereda Sureste.

Depositando esos objetos sobre el escritorio, volvió al saco para extraer del bolsillo exterior derecho un llavero con nueve grandes llaves y tres chicas. En el llavero eligió una llave pequeña imitación Yale y con ella abrió una gaveta metálica rectangular situada en una estantería aparentemente de roble, de donde extrajo una máquina de escribir Remington, modelo 1966, de 120 espacios, que colocó sobre una mesita para máqui-

nas de escribir. Con otra llave del llavero, niquelada y algo desgastada en la base, abrió el tercer cajón de la derecha de su mesa, retirando de allí un fajo de cuartillas en blanco calculables entre 50 y 60 hojas. A continuación, arremangando cuidadosamente los puños de su camisa de nylon porex, celeste con delicadas rayitas grises, se desprendió de su muñeca izquierda el reloj pulsera (marca Puffo, que atrasaba veintidos minutos cada veinticuatro horas), le dio cuerda y lo colocó sobre el escritorio, paralelamente a las cuartillas. Tomó entonces el tubo de un teléfono negro, que se encontraba también sobre el escritorio, discó un número interno que correspondía a la cantina del diario (aunque muy recientemente, porque hasta la semana anterior había sido el de la sección Carreras) y solicitó a un señor a quien llamó Tito, presumiblemente de su amistad: un café largo, en vaso, con cuatro terrones; un paquete de cigarrillos negros; un vaso grande de soda, pero por la mitad; una caña añeja doble: un platito con algo para picar. Luego colgó.

De inmediato el teléfono sonó tres veces. Scaldaferrero atendió, y oyó una voz aguardentosa. La reconoció como el del auxiliar cuarto que hacía la guardia nocturna en la oficina de prensa de la Jefatura de Policía. Mantuvo este diálogo con la voz aguardentosa:

- Hola.
- Hip.
- Decí.
- Hip.
- ¿Qué más?
- Scalda.
- Sí. ¿Qué?
- Hip.
- ¿Qué más?
- Hip. Hip. Hip.
- Amplíá.



-Tres detenidos hip.

-¿Dónde?

-Aquip. En San Josip y Yip. Hip.

-Por qué? Quiero decir, ¿por qué?

-No sep. Hip. Son tip.

-¿Quip?

-Son tipos importantips me parece. Hip. Los hip-cieron pasar al despacho de Oterip.

-Gracias. Chau.

-Hip.

William Natalio Scaldaferrero colgó, con un brillo de acero en la mirada, tras sus lentes de 9 dioptrías con marco de carey sintético. Eligiendo la llave correspondiente abrió la gaveta metálica rectangular y guardó en ella la máquina de escribir, cerrando la gaveta. Retirando el tercer cajón de la derecha en el escritorio, separó del fajo de cuartillas una docena cuidadosamente contada y guardó las restantes en el cajón, cerrándolo con la llave ya descripta. Después se ordenó los puños de la camisa y se puso el saco, volviendo a colocar en los bolsillos los objetos que había extraído de ellos poco antes. En el trasiego, constató que faltaban: un lápiz azul; un encendedor imitación Zippo; una lapicera esferográfica imitación Parker. Aprovechó entonces la oportunidad para efectuar un pequeño ejercicio deductivo. Sentándose en una silla separada unos treinta centímetros del escritorio, meditó durante aproximadamente dos minutos con la cabeza apoyada en la mano izquierda, doblada en ángulo escaleno con el lóbulo inferior de la oreja de del mismo lado, y al cabo de ese plazo estableció el siguiente silogismo: premisa 1: los objetos estaban al alcance de cualquiera; premisa 2: era la hora en que estaban llegando los editoriales; conclusión: resignarse y a otra cosa.

Entrando de lleno a su tarea, Scaldaferrero buscó en una libreta pequeña, de tapas negras y cantos dorados,

los números telefónicos del Jefe de Policía, del Sub Jefe de Policía, del Director de Orden Público y del Encargado de la Comisión para Delitos Económicos. Asiendo el teléfono con la mano izquierda, discó sucesivamente dichos números. Los resultados, por su orden, fueron estos:

Llamada al Jefe de Policía:

-Hola, ¿está el señor Jefe?

-No.

-¿Cuándo volverá?

-No se sabe.

-Gracias.

Llamada al Subjefe de Policía:

-Hola, ¿está el señor Subjefe?

-No.

-¿Vendrá más tarde?

-No.

-Gracias.

Llamada al Director de Investigaciones:

-Hola, ¿está el señor Director?

-Guau, guau.

-¿Vendrá más tarde?

-Guau.

-Gracias.

Llamada al Director de Orden Público:

-Hola.

-No.

Llamada al Encargado de la Comisión para Delitos Económicos:

-Hola, ¿está el señor Encargado?

-No.

-¿Podría llamar a otro funcionario?

-Ya se fueron todos.

-Entonces, ¿usted podría...?

-Yo tampoco estoy.

-Gracias.

Trece minutos después de colgar el tubo, se aproximó a Scaldaferro el mozo de la cantina del diario, que le traía en una bandeja: un cortado en pocillo, con ocho terrones de azúcar; tres paquetes de cigarrillos rubios, uno de ellos con filtro; un vaso de agua con magnesina efervescente El Cosaco; un almanaque 1954 de Lanas TEO; un ticket por \$ 227.30. Luego de disponer que todo ello fuera devuelto a la cantina, el cronista solicitó audiencia al Jefe de Informaciones, a quien expuso así los hechos: tres caballeros detenidos en el despacho de un jerarca policial, la Policía ocultando la información y rehuyendo el reportaje; absoluto mutismo de la prensa oficialista; quizás un nuevo caso Alberzoni. Levantando la vista del tablero de ajedrez donde estaba ganándose una partida a sí mismo con esta jugada:

T 4 A

el jefe de Informaciones comunicó a Scaldaferro: "Vaya. Pero no más de una carilla y media, que hay un aviso de Pipi Cola". Scaldaferro salió hacia la Jefatura de Policía, cruzándose en la escalera con el mozo de la cantina, que le traía en una bandeja: un plato de papas fritas a caballo; media botella de vino de Los Cerros; una porción de peras en almíbar; un carretel de hilo negro; un ticket por \$ 227.30. William Natalio lo hizo regresar a la cantina.

Dos horas después, Scaldaferro entraba a la redacción como una tromba. Mientras extraía la máquina de escribir Remington de la gaveta rectangular metálica, mediante la llave imitación Yale, gritaba periódicamente: "¡Paren las rotativas! ¡Paren las rotativas!" La justificación de esta exigencia consistía en que en la Jefatura y mediante sobornos, amenazas y halagos, había obtenido la más sensacional nota del año. Los tres caballeros detenidos estaban relacionados con un asunto de manobras con divisas, enturbiado con planes subversivos en las Fuerzas Armadas, espionaje a favor de un país situa-

do detrás de la Cortina de Hierro y violación de una desdichada pareja de novios, vinculados por consanguinidad al segundo de los barraqueros implicados. Este repudiable último hecho se sindicaba como habiendo ocurrido en la *garçonnière* del tercer barraquero, quien acababa de ser propuesto para ministro, y la circunstancia habría sido una feroz francachela que, presidida por tres diputados del oficialismo y dos diputados de la oposición, incluyó a dieciseis infantes juveniles de ambos sexos y de alguno más, procedentes por mitades del Consejo del Niño y de tres familias de diplomáticos extranjeros. Se sospechaba a la vez que un tío político del novio vejado era el responsable, en complicidad con un obispo coadjutor, de un intento de estafa con redescuentos de un Banco del interior, vinculados al pasaje de vacunos al Brasil en forma ilegal, situación tolerada por un alto funcionario de la Aduana también complicado con una gavilla de ladrones de automóviles. Sobre la novia, por el momento, no pesaba ninguna imputación.

Cuando Scaldaferro hubo escrito dos carillas y se encontraba en la décimosegunda línea de la tercera, el Secretario de Redacción se acercó a su escritorio y expresó: "William, m'hijo: Ponga todo lo que quiera, menos lo principal. Hay orden". Scaldaferro rompió entonces las dos últimas carillas y recibió la visita de un emisario del Jefe de Avisos, quien le comunicó: "Señor Scaldaferro: no se puede tocar en la crónica ni a los tres barraqueros, ni al Banco, ni al novio, ni mencionar la marca de los automóviles, ¿oyó? No-se-puede". William Natalio rompió la primera carilla, puso otra en blanco en la máquina, para lo cual hizo girar suavemente el rodillo con la mano derecha, mientras con los dedos índice y pulgar de la izquierda deslizaba la hoja en los mecanismos alimentadores, y oyó sonar el teléfono. La llamada era del Director. "¡Scoralatti! —gritó afectuosamente el Director, quien nunca recordaba el nombre de sus cola-

boradores, —¡Querido Spiantacane! ¡Cuidado, muchacho, si ya está escribiendo sobre este desgraciado asunto! Nada de aludir a este amigo casi ministro, ¿eh?, ni a este mozo que es tío del novio, ¿eh?, ni al obispo, ¿eh? Y menos a este asuntito del contrabando de ganado y de los sobrinos del embajador, ¿eh? ¡No descienda al sensacionalismo barato, amigo Strilattil Nosotros, mus, ¿eh?!”

De este modo y sucesivamente, Scaldaferro fue enterado:

—por el Jefe de Informaciones: de que no se debía mencionar tampoco a la novia, ya que se había educado en el *Sacre-Coeur* y la cronista de Sociales había llamado recién, casi histérica, para transmitir un pedido del Nuncio;

—por un telegrama colacionado del Sub Administrador: de que la crónica debía omitir toda referencia al alto ejecutivo de la Aduana;

—por la visita del secretario privado de un ministro: de que todo lo relacionado con haciendas, redescuentos, fronteras y cualquier tipo de negociado en general, sería muy del desagrado de las fuerzas vivas de la República, en momentos en que el Mundo Libre estrechaba filas ante la amenaza del totalitarismo rojo y de que próximamente habría en el ministerio un llamado a concurso para encargado de prensa, puesto para el que el señor ministro estaba buscando jóvenes despiertos, preferentemente periodistas;

—por una llamada de un inspector del Consejo del Niño: de que no se podía imprimir ni el nombre ni los antecedentes de ninguno de los infanto-juveniles procedentes de esa repartición;

—por un anónimo escrito en inglés con acento húngaro-madrileño: de que si publicaba los datos de los infanto-juveniles de familias de diplomáticos extranjeros, Scaldaferro y sus descendientes hasta la cuarta genera-

ción ingresarían en la Lista Negra de Fidelistas, llevada por la Liga Oriental de Naciones Avasalladas S. A.

Informado de todo lo anterior, Scaldaferro tomó una carilla en blanco, la colocó en la máquina, graduó el funcionamiento del aparato para tres espacios y escribió la siguiente información: “**FALSA ALARMA.** Circuló anoche en los ambientes periodísticos montevideanos una falsa alarma sobre pretendidas circunstancias originadas en determinados círculos, que por error fueron vinculadas a algunas personalidades de insospechables antecedentes. Estamos en condiciones de afirmar que sólo ha sido una falsa alarma”. Extrayendo el papel de la máquina, William Natalio lo entregó al Jefe de Informaciones, quien dio mate a las negras con esta jugada:

A 5 C

y entregó la carilla al mensajero, para que la llevara al taller.

William Natalio guardó la máquina de escribir, avisó por teléfono a la cantina que suspendieran el pedido, repartió el contenido de sus bolsillos entre los editorialistas, dio la mano al Secretario de Redacción y, dirigiéndose a un retrete que ostentaba en su puerta el letrero “Ellos”, se encerró por dentro y se abrió las venas con un filoso instrumento cortante de 18 centímetros de hoja y cabo de cuerno. Doce días después, un limpiador que fue a higienizar el retrete encontró el cadáver.

DESAFIO AL LECTOR

¿Quién mató a William Natalio Scaldaferro? Si el lector ha seguido atentamente los hechos mencionados, podrá hallar sin dificultades la solución.

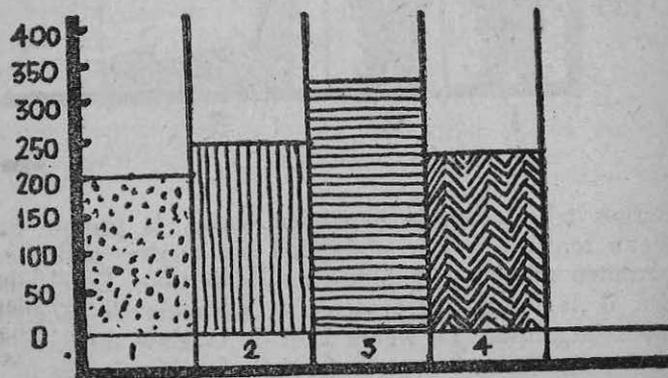
LA ESTADÍSTICA Y LA CLASE MEDIA

Puede decirse con propiedad que, entre nosotros, la Sociología como ciencia aplicada permaneció en una etapa embrionaria hasta 1928. Fue precisamente en ese año que fundé el PLOP (Pulsadores del Latido de la Opinión Pública Inc.), ya que mis encuestas individuales de opinión pública me habían hecho prever la crisis de 1929 y, estadísticamente, mi despido del puesto que como agente viajero ocupaba en la fábrica de perfumes Charogne Frères.

Creo que los datos recogidos a lo largo de estas décadas por el PLOP, permitirán desentrañar eficazmente el proceso histórico, económico, político, psicológico y gastrointestinal del Uruguay. Desde 1929 el PLOP viene ordenando y clasificado esos datos. En los últimos años, comenzó a efectuar su tabulación en las modernas máquinas electrónicas Burroughs and Bestiaughs, pero algunas pasajeras aunque molestas incomprendiones de la UTE ante el verdadero carácter desinteresado de la investigación científica, han interrumpido periódicamente la tabulación por enojosas cuestiones relacionadas con recibos supuestamente impagos. A esos inconvenientes, que el PLOP ha aceptado con resignación científica, se agregó el año pasado el incidente de Saturno Glutnik. Saturno, meritorio operador de la máquina N° 3, se descuidó una tarde, intentando manipular los botones al mismo tiempo que leía un editorial de Acción. El implacable mecanismo tabulador le tomó primero los dedos y luego lo succionó por la boca de alimentación de la máquina, enhebrándolo metódicamente durante media hora a través de los dispositivos descartadores. Al cumplirse el ciclo de tabulación Saturno fue devuelto con 1.657 perforaciones y en forma de tarjetón, resultando particular-

mente interesantes sus columnas primarias. Ordené, ya que no se podía hacer nada por él y además era huérfano y soltero, que se le pasara nuevamente por la máquina recopiladora. De ese modo, las perforaciones del desdichado Glutnik arrojaron algunas ilustrativas respuestas sobre la evolución de nuestra clase media.

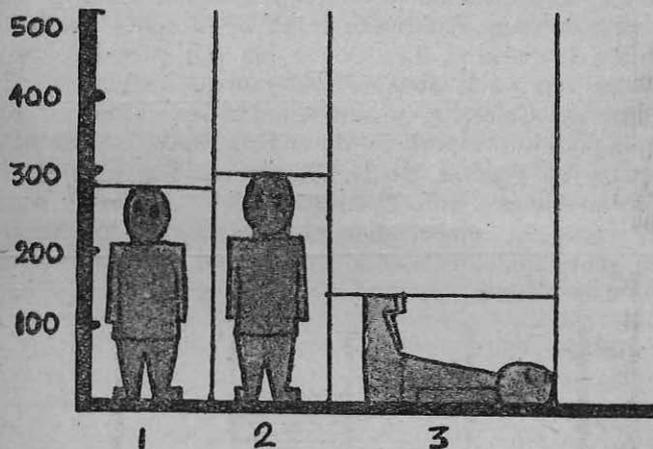
Debo confesar que la lamentable aunque útil transformación de Saturno (quien cuelga ahora en mi despacho, enmarcado en caoba) y las respuestas proporcionadas por sus perforaciones, fueron uno de los motivos para mi interés por la clase media. El trabajo que aquí presento es una vulgarización de los copiosos materiales de encuestación acumulados por el PLOP después del holocausto de Saturno. Los doy a luz por considerar que pueden servir a la obra de gobierno que está realizando el partido Colorado, profundamente respetuoso —como se ha podido comprobar— de la Estadística, la Planificación y, en general, de la Ciencia como auxiliar de la política. He preferido el diagrama por razones de espacio y para ser comprendido rápidamente por los estadistas, gente más afecta a lo audiovisual, por decirlo así, que a la lectura.



CUADRO I

En el cuadro I, las cifras están expresadas en miles de personas y, de izquierda a derecha, las figuras 1, 2 y 3 representan el crecimiento del sector terciario en el trienio 1951/1953. La figura 4 representa una muestra del casimir que elegí para un sobretodo que pienso encargarme este invierno, si Dios quiere.

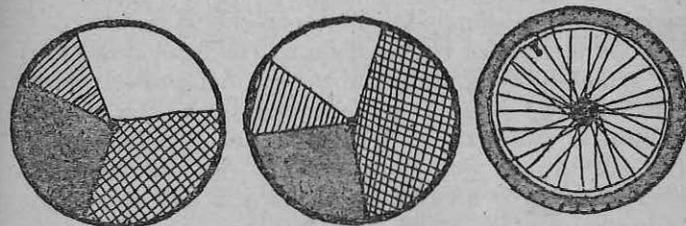
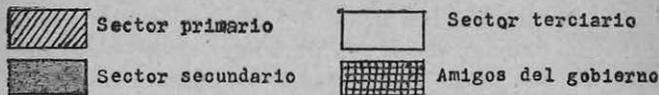
Resulta impresionante comparar por medio de la Estadística, la Sociología y el Dibujo a Pluma la evolución seguida por la clase media en otros países. Por razones geográficas e históricas, el Uruguay, la Argentina y el Brasil poseen particularidades similares en ese estrato.



CUADRO II

Rasgos tales como la movilidad social, la presión del sector terciario y la contabilidad por tarjetas múltiples, permiten dibujar muñequitos muy divertidos. En el cuadro II la figura 1 representa la situación de la clase media argentina. La figura 2 el de la clase media brasileña. La figura 3 representa el de la clase media uruguaya.

No menos importante que lo anterior es el análisis de los bienes que el sector terciario posee, proyecta poseer o poseyó. En el aspecto del activo fijo es particularmente sugestivo el índice de automotores, rodados, bienes vehiculares u otras denominaciones aplicadas por los sociólogos a los autos. He aquí, en el cuadro III, la



CUADRO III

distribución por sectores sociales de los autos existentes en el Uruguay en el trienio 1966/1968. Las figuras 1 y 2 representan los años 1966/y 1967. La figura 3 representa un cálculo presuntivo para 1968 y no muestra un cono de distribución por sectores sino una rueda de la bicicleta que espera a todos los automovilistas si esta mishadura sigue.

Después de excitarme solitaria y patrióticamente con la lectura de editoriales de prensa donde se fustigaba la vituperable condición del obrero criollo, perezoso y mal ciudadano, tomé una decisión: nosotros, los miembros de una clase media que es la reserva moral de la nación, debíamos dar el ejemplo. Solicité entonces licencia sin suspensión de servilismo en el club político desde donde ejercía, en cierto modo, la conducción del Partido, actuando como suplente tercero del pro-secretario de actas; luego vendí a un ropavejero todos mis cuellos y puños de celuloide, el sobretodo que inauguré cuando el entierro de don Pepe Batlle y mis dos trajecitos de entretiem po y adquirí en cambio un overol, un par de alpargatas, una camisa de dril y una boina de vasco.

Así caracterizado, me presenté a mi jefe, en la Sección Introducción al Trámite, Mesa B, de la Dirección General de Expedientes y Archivos Provisorios del Municipio. Aquel rectilíneo caballero (que desatendía noblemente los intereses de su alto cargo para dirigir la pequeña oficina anexa a su despacho donde tramitaba inscripciones tardías, jubilaciones y paréntesis presupuestales) se encontraba entre pilas de expedientes acomodados en el suelo y aceptaba sacrificadamente ese engorro, ya que los cajones y armarios de su despacho estaban atiborrados con nuestras credenciales cívicas. Al ver mi atuendo arqueó una ceja, pero no pareció inmutarse; desde diciembre de 1967 cumplía religiosamente su promesa de 1966: "Si Pacheco Areco llega a ser presidente de la República, ya no me asombraré de nada".

Brevemente le expliqué mis intenciones: quería ser trasladado a una cuadrilla municipal, como obrero, para

dar el ejemplo. Comencé a fundamentar mi solicitud, hablando de que no me importaba la remuneración en la cuadrilla, de que yo consideraba que el Partido merecía los mayores sacrificios a cambio de las libertades públicas y la democracia que nos garantizaba, de que dejaría un cargo vacante... Pero no pude continuar; al oír la palabra "vacante" el jefe se arrojó en mis brazos y me besó en la frente, al tiempo que su secretaria iniciaba un furioso tableteo de máquina de escribir redactando el decreto de aceptación. Casi simultáneamente un mensajero apareció como de milagro, salió como un cohe te con el expediente y volvió a los dos minutos con la resolución firmada por el Intendente, donde se me transfería, se agradecían los servicios prestados y se nombraba para el cargo que yo dejaba vacante a la señorita Azucena Myriam Cacciavalle, meritoria correligionaria que esperaba en la antesala.

Una hora después era presentado al Capataz General de Cuadrillas Municipales, imponente individuo sentado tras un escritorio metálico, sobre el que un pico de acero cromado con mango de sándalo apretaba expedientes y documentos diversos. El Capataz General estaba asando en esos momentos un trozo de faisán, a la usanza de las cuadrillas municipales, en una pequeña y moderna parrilla eléctrica adosada al bar de la biblioteca. Mientras salpicaba con salsa Perrin la aromática pechuga y sus dos secretarías privadas disponían en una mesita mantelería y vajilla Rosenthal, así como una pila de adoquines firmados por José Belloni para que se sentara, aquel hombre del que dependía la suerte de mi experimento me sometió a un experto y breve interrogatorio:

- ¿Nombre?
- Savonarola Cigliutti.
- ¿Ocupación anterior?
- Auxiliar sexto.

- ¿Especialización?
- Ninguna.
- Muy bien. ¿Reacciones neuro-musculares?
- Lentas o inexistentes.
- Perfecto. ¿Fuerza física?
- Ninguna.
- Espléndido. ¿Resistencia al sueño?
- Caigo dormido cada dos horas.
- Admirable. ¿Vocabulario?
- Debo confesar que soy terriblemente bocasucia.
- Fenómeno. ¿Apetito?
- Un rinoceronte. Debo alimentarme con proteínas y glúcidos cuatro veces por día.
- ¿Sabe manejar pico, pala, rastrillo, paleta de albañil, escalera, perforadora neumática?
- Por su orden: no, no, no, no, no, no.
- ¿Alguna característica temperamental notable?
- Me gusta pararme al sol, vestido con una camiseta sucia, un sombrero grasiento, en pantalones de fútbol desteñidos y con un pucho en el colmillo, mientras estoy bañado en sudor y polvo, a decirle porquerías a las muchachas que pasan.

En este punto el Capataz General dejó el faisán y me abrazó conmovido, diciéndome:

—¡A mis brazos, espejo de obreros de cuadrillas municipales! Oírlo conforta mi viejo corazón. El puesto es suyo. Preséntese mañana, de 10 a 12, en la Cuadrilla 18-F.

La Cuadrilla 18-F no era mala. Constaba de un Capataz de primera, dos Capataces de primera supernumerarios, dos Sub Capataces de segunda, un Sub Capataz de Tercera, un Sub Capataz de cuarta, dos Sub Capataces de Quinta y tres obreros, uno de ellos en goce de licencia por alergia. Mi llegada fue saludada con alborozo, ya que promovía un provechoso movimiento del escalafón. Pero yo me había preocupado de munirme con diversas

y poderosas tarjetas de recomendación, de manera que el Capataz Encargado (por ausencia del Capataz de primera, en ese momento delegado en el Congreso Panamericano de Cuadrillas Municipales que estaba celebrándose en Washington, DC) no tuvo más remedio que ofrecerme un puesto de cierta jerarquía y decoro. Calándose los lentes, en su despacho instalado en una tienda de campaña en mitad del pavimento que debíamos levantar, examinó minuciosamente mis credenciales.

—Hemos tenido problemas con el Sub Capataz de Abastecimientos —me dijo— por haberlo sorprendido cumpliendo la ley de Licitaciones Públicas. Es algo recalitrante y se ha empeñado en comprar diariamente el asado, el pan y el vino por medio de pliego de condiciones y llamado a ofertas, en vez de subdividir los rubros en partidas que permitan la adquisición directa al gallego de la esquina y la consiguiente comisión. Reconozco que el sistema es algo irregular, pero soy responsable ante la Superioridad y me limito a cumplir las mismas normas dictadas desde arriba. ¿Le gustaría el cargo?

—A decirle verdad —repuse— no entiendo mucho de abastecimientos. En mi Sección, las coimas siempre estaban a cargo de Oficiales segundos en adelante. He oído decir que también tiene vacante la Sub Capatacía de Relaciones Exteriores. ¿Tendría inconveniente...? Creo que los contactos de la Cuadrilla con el público y un punto de vista moderno y amplio sobre relaciones humanas es la base de toda labor en una Cuadrilla que realmente quiera ser constructiva...

Finalmente, transamos. Mediante un sistema de compensación de horas extra que me permite acumular tres días hábiles por semana y con un viático para locomoción, desempeño simultáneamente la Sub Capatacía de Relaciones Exteriores y la Secretaría de Prensa de la Capatacía de Hacienda, acéfala por traslado del titular a la Oficina de Planeamiento.

De manera que aquí estoy, habiendo renunciado a todos mis derechos de clase, convertido en un auténtico proletario, dando el ejemplo a los inconscientes sectores obreros de la actividad privada. Por común acuerdo con el Capataz Encargado, y en los ratos libres que me permite mi copiosa actividad administrativa, colaboro con los dos obreros en el levantamiento del adoquinado que constituye el Segundo Plan Quinquenal de nuestra Cuadrilla, para las tres cuadras que se nos asignan en el Plan Regulador convenido por el Municipio con la Alianza para el Progreso y el BID. A veces, me parece mentira haber sido un ocioso burócrata de oficina.

LA DOLCE VITA

— I —

—Ufa. Estos no terminan nunca de llegar y ya son las... Pe-pero, che, ¿todavía no te vestiste?

—Tranquila, tranquila. ¿No precisás más el baño?

—No, ya terminé. Movete, no seas plasta, que van a estar aquí y vos todavía en paños menores.

—¿Y qué tiene? ¿No somos todos amigos?

—Andá, repugnante. Ya te gustaría a vos que Madelón te ayudara a ponerte la ropa. ¿Te crees que no los observaba, la otra noche, en La Emiliana?

—¿Y tuviste tiempo? Porque te pasaste todo el tiempo haciendo rodillita con Jimmy.

—Si serás guarango.

—Guarango, pero tengo ojos.

—M'hijito, el ojo del amo engorda el ganado.

—Y bien gordo que está, ¿eh?

—Cretino.

—Vieja verde.

—Lalo, grito. Mirá que grito.

—Esperate que lleguen y te pongas a bailar con Jimmy. Así gritás cuando te aprete. ¿Hay tohallas limpias?

—¡Lalo, LAAAALOOOO!

— II —

—Riiin.

—Ahí llega la plaga. ¿Tengo las medias derechas?

—Sí. Las torcidas son las piernas.

—¡LAAAALOOO!

—Riiiiin.

—Abrí.

—¿No se me corrieron los labios?

—Estás bien. Para lo que te va a durar el rouge.

Abrí.

—No podés negar la raza, ordinario. Para brutos, los Angostorena.



—Brutos, pero no le hiciste asco a la plata.

—Torpe, torpe, torpe.

—Dale.

—¿La mini no me hace bolsa, atrás?

—Con qué. Abrí.

—Pasen, pasen, chicos. Madelón, tesoro, ¿cómo estás, bandida, tanto tiempo? Los estábamos esperando. Pasá, Jimmy, ya te tengo preparado un trag... ¿Cómo? ¿Jimmy no vino?

—No, tenía que ver a un cliente. Te presento a Jacques, condiscípulo mío en la Facu de Humanidades. Pasó por casa a dejarme un libro y lo invité. Jacques, Andrea.

—Gusto.

—Gusto.

—Adios, Lalo, bandolero. ¿Vos siempre atorra, junto a la botella?

—Sí, gordi. Pasá y servite. ¿Te traés al de turno?

—Callate, imbe. Jacques, ésto es Lalo.

—Gusto.

—Gusto.

—Riiiiin.

—Abrí, nena, que llegan más.

—Andá vos, haragán. Decime, Madó: ¿Jimmy tendrá para mucho?

— III —

—Lalo, Lalo, saca a esa pesada de Dáinashor. ¿No sabés que ahora viene mucho Morgana King?

—Nothing, chiquita, nothing. ¿Querés un Aznavour?

—Si lo bailás conmigo...

—Poupée, no jorobes al Lalo que es casado.

—Salí, Pancho. Hoy no estoy en vena.

—Te pongo dos Aznavour si bailás con Pancho y me dejás tranquilo.

—Asqueroso. Vení, Pancho. Con bastante mufa, ¿eh? Poné la mano aquí.

—María del Rosario.

—¿Qué?

—Tomá la media.

—Metela con este portaligas dentro de los zapatos, que los dejé en la heladera.

— IV —

—Adiós, orgulloso.

—¿Eh?

—Usted no me conoce, pero yo no me le pierdo partido.

-Interesante. ¿Quiere un whisky?
 -Si es de su vaso, sí.
 -Bueno. Vení, rubia, en el bergère hay sitio para dos.
 -¿Qué bergère?
 -¿No ves, a oscuras?
 -Ahora, sí.
 -¡Ay, Denise, no te me sientes arriba!
 -Pardon, no los había visto. ¿Con quién estás?
 -Conmigo.
 -¿Ah, sos vos? ¿Cómo andás, Julio Alberto?
 -Bien, Denise. ¿Fuiste anoche por casa?
 -No, ché. Dormí en el apartamento del centro.
 -¿Y los nenes?
 -Le telefonee a la fraulein antes de levantarme. Gustavo un poquito resfriado, porque va al liceo con la capota baja. Las nenas, espléndido. Figurate que Marcia fue elegida por la barra para anotarse en el concurso de Miss Mundo. No le cuentas nada a papito, me dijo. Vos hacete el que no sabés.
 -Ché, a los catorce. Mirá que esos concursos son medio bravos.
 -No te preocupes. La fraulein la va a acompañar a todas las presentaciones.
 -Denise, dejá a tu marido tranquilo, que estaba conmigo. No te pongas cachi.
 -Perdoná, tenés razón. ¿Venís a comer mañana, ché?
 -Depende.
 -Bueno, chau. Seguí, que no los interrumpo.
 -Chau, vieja.
 -¿Y? Te estoy esperando en el otro bergère.
 -Oy, me había olvidado.
 -Tomá un buchito.
 -Glup. Ay, tramposo, sacá la boca.
 -Así que vas a verme a los partidos.
 -A todos.

-Te gustan las bochas, entonces.
 -No.
 -¿Y a qué partidos vas? Tomá otro buchito.
 -Glup.
 -Chuic.
 -Traidor. Todavía no te dí permiso.
 -Tenés razón. Chuic, chuic. ¿Y a qué partidos vas, entonces? Tomás otro buchito.
 -Chuic. A los de polo, a verte jugar, en Carrasco.
 -Si yo nunca he jugado al polo. Chuic.
 -¿Cómo? Chuic. ¿Usted no es Mocho Salaverri-gordi?
 -Nunca. Chuic. Yo soy el electricista de la esquina, que vine a arreglar los tapones.
 -Oh, qué distraída. Chuic. Chuic.

- V -

-¡Laaalooo! ¡LAAALOOO!
 -Aquí eshtoy, vidibta. ¿Québ queb-rehs, mi eshpobshita?
 -Lalo, apestás a Chivas Regal. Lejos, por favor. Hablá de lejos.
 -Lalo, dame el bretel.
 -Callate, Leonie. Dejame hablar con mi marido. Vení, Lalo.
 -¡Ayl!
 -¡Parbleu!
 -Tebné cuibdado, Andreíbta, que acabasch de pibshar a Jacques y a tu amiguibta Madeloncibta.
 -Madó, please. Estás pelando la alfombra. Aubusson. Tené modos.
 -Callate, hip, mona celosa. ¿Por qué no lo llamás por teléfono a Jimmy, así se te pasa la neura?

—Dejala, Madelón, dejala. Vení que te sigo explicando lo de la píldora.

—¡Aaay, aaay! ¡Sáquenme a este sátiro! ¡Sáquenle el tomacorriente!

—¡Denise, Denise! Por lo menos echate una cortina por arriba.

—¡Nooo, Freddie, nooo! ¡Con el sifooooon, nooo, que no puedo mojarme!

—¡La bohème, la bohème!

—¡Silencio, silencio! ¡Freddie va a recitar una poesía sobre el Chel!

—¿Dónde está mi mini? ¿Dónde está mi mini?

—¡Lalo, Lalo! ¡Decile a Luis María que me respete!

¡Lalo! ¡Ay, Luis María, no, no! ¡Eso, no! ¡Luis María, mirá que le cuento a Elenita cuando vuelva de Roma, Luis María!

—Ché funebreros, pongan un poco de Juliette Grecco, para mufarse con razón.

—¡Albinoni!

—¡Aznavour!

—Callate, Leonie y salí de la bañera, que te dormís y te ahogás.

— VI —

—Ufa, che. Por fin se fueron.

—Sí, se fueron. ¿Usás el baño?

—Andá vos primero, que yo voy a demorar cuando entre.

EL VIAJE AL ESTE

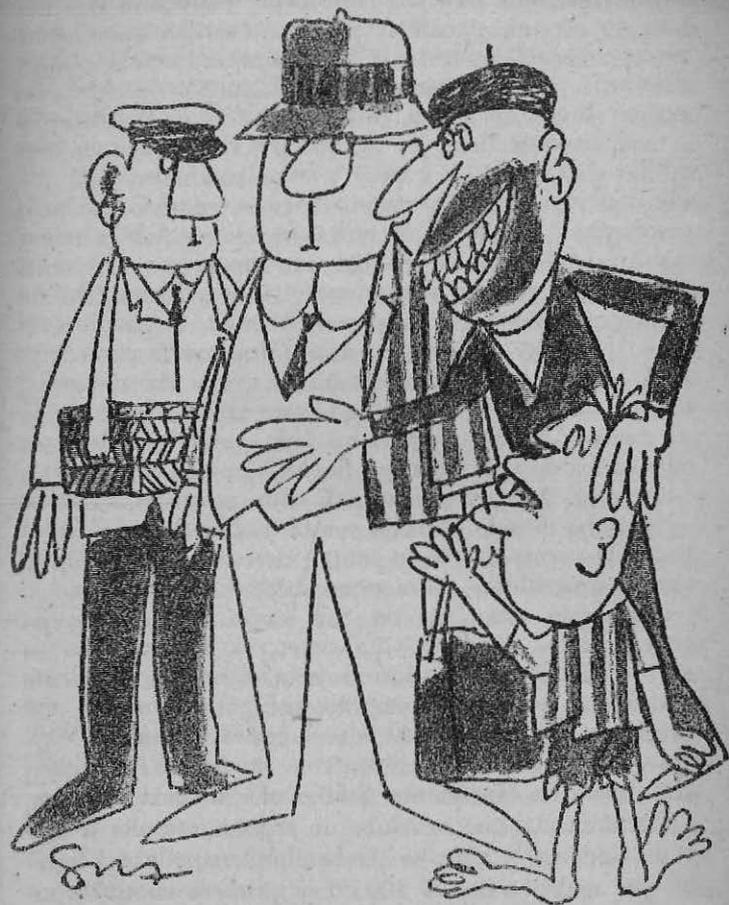
El 31 de diciembre —como todos los días desde que triunfamos los colorados y arrojé en una cloaca mi carnet de afiliado a la Agrupación Heber— me desperté, puse la Radio Ariel para escuchar el informativo y arreglé someramente mi lecho de soltero, presidido por las imágenes de mis ídolos políticos, Ulysses Pereira Reverbel y Eugenio Baroffio. Descendiendo del altílo que alquilo a misia María de las Mercedes Iturriberrigorri Viscainzo, nieta del tercer Mártir de Quinteros empezando a contar desde la derecha del pelotón de fusilamiento, me dirigí al viejo y señorial comedor donde se servía tradicionalmente el boldo del desayuno. Era un día venturoso para mí, y empezó bien. Misia María de las Mercedes había cobrado el día anterior un aumento en la pensión graciable que le corresponde como Mártir descendiente. (El aumento, dicho sea de paso, había sido propuesto por un diputado adventicio, tercer suplente a cargo de la banca —por viaje del titular a Buenos Aires, a comprarse unos mocasines y ropa interior— y permanente prometido de Adelaida Lydia, la cuarentona y única hija de mi casera.). Pundonoroso coronel y hombre de letras, el Mártir era recordado con unción por misia María de las Mercedes: “Vivo —decía— el pobre Raimundo nunca sirvió de mucho; pero muerto, da gusto cómo mantiene a la familia”. Divagaciones aparte, el hecho es que esa mañana mi taza de boldo aparecía guardada con un galletita Anselmi.

“Barriga llena, corazón contento”, reflexioné más tarde, mientras me dirigía a tomar el ómnibus interdepartamental, llevando en un bolso de mano algunas pertenencias. Había vestido, sencilla pero correctamente,

mis ropas veraniegas: panamá con amplia cinta negra y alas bajas, chaqueta Oxford a rayas azules, blancas y rojos, cuello duro liviano, camisa malva, chaleco de piqué blanco, pantalones blancos de hilo irlandés, calcetines patito y zapatos *trotteur* con chapitas de hierro. "Breughel Scanarotti, muchacho —me dije, observándome al pasar en una vidriera—, nadie diría que tienes cincuenta y uno cumplidos".

Con disimulo, palpé en el bolsillo pectoral del chaleco un dulce bulto: el monedero de anca de potro con los 2.695 pesos líquidos de mi aguinaldo como auxiliar cuarto en el Registro Nacional de Bienes Mostrencos, Sección Olografía, Mesa 4 de Entradas. Hacía 28 años que esperaba ese momento. Laboriosamente había pagado mis pequeñas deudas y ahorrado centésimo sobre centésimo. En 1953 dejé de fumar; en 1962 conseguí suprimir el café; en 1965 abandoné la absurda costumbre de la cena. Mi escaso pero aseado guardarropa databa de 1929, y mi único gasto suntuario consistía en coleccionar el Suplemento Familiar de *El Día*. Merced a ese sano y honesto sistema de vida había llegado a fines de 1967 sin deudas ni israelitas adustos parados ante la Caja los días de pago; el gobierno hizo el resto, concediéndome el aguinaldo. En consecuencia, iba a cumplir mi tímido sueño de juventud: pasar un día en Punta del Este.

Adquirido mi pasaje y el número de asiento, salí a la vereda. De inmediato un sujeto achinado y descomunal me arrebató el bolso de mano; abrí la boca para pedir socorro, pero reparé que el asaltante usaba la gorra que identifica a los mozos de cordel y lo seguí dócilmente hasta la puerta del ómnibus. Allí me entregó el bolso con estas palabras: "Tuentifaiv sopelines, maestro". Una vez que un pasajero caritativo me tradujo la frase al español, aboné resignado los veinticinco pesos y tomé asiento, mientras un parlante avisaba algo así como



"Brroom trácate-trácate brrom trácate-trácate...nutos". Media hora después, con el ómnibus aún estacionado bajo los umbríos plátanos de la plaza Libertad, desperté aterrorizado ante una voz con acento bielorruso que aullaba en mi oído, desde el pasillo: "Pastillacaramelocandequerefrescaelaliento... Chocolatinecaramelobombonegalletita... Revistaparaelviaje...Caande", mientras el anciano dueño de la voz, provisto de una gorra blanca y de una bandeja llena de porquerías, depositaba en mis rodillas una serie de cajitas y envoltorios, mascullando amenazadoramente: "sesentaiochoconsesentaicincomejorsi tienecambio". Ruborizado hasta la raíz de los cabellos, pagué, arrojé aquella maldita mercancía por la ventanilla (lo que me valió una enérgica reprimenda de un inspector, cubierto de maní con chocolate y pastillas de orozuz) y volví a adormecerme. Otra media hora más tarde lancé un alarido descomunal, presa de una pesadilla en la que un murciélago comenzaba a devorarme una oreja. Abrí los ojos; a mi lado, un niño de unos cuatro años de edad, con un pucho humeante en la boca y tierra en la cara como para dos reformas agrarias, me hurgaba el oído derecho con un índice de color indefinido. Al verme despierto sonrió, descubriendo un largo colmillo amarillento de nicotina y haschich, me puso en la mano una estampita de San Cono y dijo con voz aguardentosa: "Un pesito pa'comer, vaya señor, no sea podrido". De inmediato introdujo la mano en mi bolsillo y extrajo un puñado de cambio que posteriormente justiprecié en \$ 57.50, retirándose luego del ómnibus. Optando por mantenerme despierto, ante esta situación, debí abonar sucesivamente: \$ 20 a una anciana sollozante y desdentada, que exhalaba un repugnante olor a vermouth nacional y alegaba ser bacilar escapada del Saint Bois por malos tratos; \$ 100 como primera cuota de un número correspondiente a la rifa de una casa, un automóvil y un folleto sobre cómo eludir los impuestos al

patrimonio, pro viaje de los estudiantes de Histología Ovina; \$ 10 que deposité en la latita con que una rubia descarada y con medias de encaje rojo solicitaba contribuciones para el Cottolengo de las Hijas de María; \$ 60 por seis gusanos aterrorizados, recubiertos en parte por manzanas de California, que me arrojó por la ventanilla una muchachita cargada con una canasta, mientras gritaba: "¡Señor! ¡Usté, el de los cachetes! ¡Señor! ¡Manye qué fatura, señor!"

Aproximadamente una hora y media después de mi llegada e instalación el altoparlante se compuso el pecho y emitió los siguientes rugidos: "Brrom trácate-trácate... Se avisa a los señores pasajebrrroomm con destino trácate-trácate a San Carlos, Maldonado, Las Delicias y Punta del brroom trácate-trácate, que deberán cambiar de ómnibusbrroom. Se les informará cuando llegue el nuevo brroom trácate-trácate". Cargado de revistas, números de rifa y gusanos, descendí a la acera bajo un sol de fuego y tomé asiento en un banco. Entonces una garraplacable se apoderó de mi tobillo y mi pie derecho fue apresado en una especie de plataforma, mientras un energúmeno de color destrozaba mis callos a cepillazos y embadurnaba mis amados zapatos trotteur con aceite quemado de auto. Dos minutos después el energúmeno me propinaba un feroz golpe de trazo en el juanete derecho y gritaba: "¡Ta!" Acobardado, pregunté cuánto era. Me dijo: "¿El ñorse es turista?" Me dí cuenta de que si respondía afirmativamente, aquel deslavado me consideraría más respetable, y expresé: "Sssí; de Buenoss Aires". Entonces el energúmeno me cobró \$ 55 por la lustrada y se retiró después de haberme robado un cordón.

El sol declinaba gloriosamente entre los canteros de la plaza, cuando miré el reloj y ví que eran las 20 y 40. El altoparlante respiró hondo y dijo alentadoramente: "Pasajeros para Punta del broom... Su coche llegará

dentro de trácate minutos". Pero yo estaba algo triste; sentí frío y me subí la solapa de la chaqueta. Pensé que a estas horas seguramente misia Mercedes estaba ya sirviendo la sopa de puerros de la cena. Entonces tomé un trolebus y me volví al Prado. Al bajar en la esquina de Larrañaga y Balta Ojeda noté que me habían robado el monedero y, ya sin apetito, subí a mi altillo a leer números atrasados del Suplemento Familiar de El Día.

LA REVOLUCION

Considerando que la nación sufría una profunda crisis moral provocada por los agitadores de izquierda, las pretensiones sindicales y la infiltración foránea, el coronel Gutiérrez decidió derrocar las instituciones como única solución para el mantenimiento de la democracia.

En consecuencia, convocó en el casino de oficiales al teniente coronel Rodríguez, a los tenientes Pérez y Sánchez, al alférez Núñez y al cabo de corneta González, exponiéndoles su sencillo plan insurreccional. Dichos militares aprobaron cortésmente el proyecto y sólo rogaron al coronel que, de ser posible, el levantamiento se adelantara para no coincidir con el fin de semana, pues para ese domingo estaba programada la final del campeonato de fútbol.

—Obvio es advertirles, señores —dijo el coronel después de acceder a la petición, ya que él mismo era presidente de uno de los clubes finalistas— que este asunto debe ser manejado con la discreción más patriótica. Ninguno de ustedes debe andar hablando por ahí de la insurrección, que para eso estaré yo. A los efectos, convoqué una conferencia de prensa, donde expliqué al pueblo nuestros motivos.

—Mi coronel —preguntó el alférez Núñez, ruborizándose un poco.— ¿No cree usted aventurado haber divulgado todo en una conferencia de prensa previa al motín?

El coronel sonrió paternalmente y respondió:

—Muchacho, se conoce que usted es nuevito. En primer lugar, la gente no cree en absoluto lo que dicen los diarios, desde hace mucho tiempo. Pero además, ¿dónde ha visto usted que en este país los diarios publiquen las noticias en tiempo? Cuando aparezca el reportaje, ya hará varios días que estaremos gobernando.

Así tranquilizados, aquellos pundonorosos oficiales se estrecharon las manos, regresando a sus diversas ocupaciones en entes autónomos, intervenciones de servicios descentralizados y otras patrióticas tareas para los que los civiles resultan incapaces y corruptos.

A la mañana siguiente el coronel Gutiérrez hizo formar a la tropa en el patio del cuartel, les dirigió una breve proclama, hizo retirar las municiones de las armas, para evitar que sus muchachos pudieran lastimarse al escapárseles algún tiro, y al son de charangas y pifanos, el regimiento salió a paso redoblado rumbo al centro, para apoderarse de los vitales puntos estratégicos señalados en el plan. El coronel, astutamente, regresó a su domicilio (ya había obtenido un certificado médico de reposo absoluto, para despistar) y se metió en la cama provisto de una radio portátil, por la que seguiría el curso de los acontecimientos. Con similar astucia, el teniente coronel Rodríguez se había trasladado a un balneario donde estaba edificando una casita por ley militar, y los tenientes Pérez y Sánchez se encontraban pescando en la escollera, todo lo cual, como se comprende, formaba parte de un ingenioso sistema de seguridad. Al frente de la tropa marchaba únicamente el joven alférez Núñez, mientras el cabo de corneta González, comandando la sección de banda, soplabá entusiastamente en su instrumento y marcaba el paso con honda convicción institucional.

A medida que el regimiento recorría las principales avenidas de la ciudad, iban sumándose al cortejo chiquillos, lustrabotas y mendigos, que ponían en aquella cohorte un toque pintoresco. Posteriormente, se añadieron a la columna vendedores ambulantes, varias muchachas equívocas que vieron la posibilidad de vender sus encantos a los rudos soldados, y una anciana animosa aunque algo confundida, que marchaba gallardamente junto al alférez agitando una bandera pontificia.

Al llegar a la Casa de Gobierno el alférez dio la voz de alto y, enseguida, la de descanso. En consecuencia la tropa comenzó a organizar vivacs y, muy pronto, la plaza se había convertido en un bullicioso campamento, de donde se elevaba el humo de los asados y la grita de los vendedores ambulantes, mientras en un stand levantado apresuradamente los estudiantes de Arquitectura ofrecían una rifa pro viajes de estudios y los soldados, despojándose de sus correajes, se agrupaban interesados en torno a una tribuna del partido Comunista, escuchando la oratoria de un acto relámpago de apoyo a Cuba.

Presentándose al oficial de puerta de la Casa de Gobierno, el alférez Núñez solicitó ver al Presidente de la República. Fue introducido, luego de anotar de su puño y letra nombre, grado y documento de identidad en el Libro de Visitantes, a la antesala del despacho presidencial, donde lo atendió un Secretario. Este se excusó de que el Presidente no pudiera recibirlo por encontrarse ocupado, pero le rogó que le confiara el motivo de la visita que él, como Secretario, haría todo lo posible por solucionarle el problema.

—En realidad —dijo el alférez, titubeando— no quisiera molestar a usted... Se trata de algo personal...

—Puede usted confiar en mí —respondió el Secretario.— Estoy para eso.

—Bien —se decidió el alférez Núñez—. Entonces, si usted fuera tan amable y quisiera informar al señor Presidente que nuestro regimiento se ha levantado en armas contra el gobierno y venimos a pedirle la renuncia...

—Pierda cuidado —dijo el Secretario—. Apenas se desocupe el Presidente, lo enteraré de su mensaje. Haga el favor de esperar en aquel sillón. ¿Gusta un café?

—No, gracias —dijo el alférez.— Me produce acidez.

Luego, con una mutua inclinación de cortesía, el Secretario volvió a su despacho y el alférez tomó asiento.

Tres horas después, aún estaba esperando y consultó con un portero. “No sabría decirle —respondió el portero.— En todo caso, espere.” Poco después de pasado el mediodía, la puerta volvió a abrirse y apareció el Secretario, con aire compungido. “No he podido entregar aún su mensaje —dijo al alférez— pero le sugieron algo práctico; déjeme un memorándum y vuelva mañana a esta hora. Veré lo que puede hacerse”.



El alférez Núñez redactó rápidamente un memorándum con los puntos principales de su gestión, añadió un ejemplar mimeografiado del programa insurreccional y estableció en el escrito —de acuerdo a las órdenes del coronel— un plazo de seis horas para que el Presidente renunciara. En caso contrario, se bombardearía la Casa de Gobierno. Leyendo por encima del hombro del alférez, el Secretario chasqueó la lengua, escépticamente: “No, no, mi amigo. En seis horas usted no logrará nada. El Presidente está ocupadísimo. Ponga por lo menos veinticuatro horas”. Agradeciendo el consejo, el Alférez modificó la frase y entregó el memorándum. Luego, se retiró al campamento de la plaza.

Al día siguiente, de acuerdo a lo convenido, concurrió otra vez al despacho del Presidente, pero fue recibido por un simple portero. “El señor Secretario está

ocupado” se le dijo con frialdad. Luego de aguardar toda la mañana en el mismo sillón, sin obtener ninguna respuesta ni ver al Secretario, el alférez Núñez regresó melancólicamente a la tienda de campaña, dejando su tarjeta.

La escena se repitió al otro día. Y como el alférez tenía un firme concepto de la disciplina y no podía abandonar a sus superiores, que estaban jugándose el todo por el todo, siguió yendo a la antesala del Presidente. Con los meses, los porteros lo reconocían afectuosamente por su nombre de pila y bromeaban con él, considerándolo un poco excéntrico. Al año, entraba a la Casa de Gobierno sin necesidad de identificarse y los blandengues de la guardia le guiñaban un ojo al pasar. La tropa insurreccionada fue asimilándose lentamente a la vida civil; en parte, porque la Intendencia del Ejército había suspendido hacía tiempo los suministros de asado, debido a que los proveedores no otorgaban más créditos. Muchos de los soldados se casaron con muchachas del público. Otros aceptaron empleos en la Administración, o comenzaron a estudiar para banco. Tres de ellos, asiduos concurrentes a los actos pro Cuba, fueron invitados a visitar La Habana y se radicaron en esa ciudad. Finalmente, tres años después, sólo quedaba en la plaza, como indicio de la revolución, un pequeño vivac donde el cabo de corneta González, fiel al cumplimiento de su deber, guisaba para él y para el alférez palomas de la plaza, cazadas con trampas de cordeles. Todas las mañanas el alférez Núñez —un poco más pálido y delgado, con algunos hilos de plata en las sienes y el uniforme más raído— cumplía sus horas de espera en la antesala del Presidente, aunque nunca más volvió a ver al Secretario. Una vez, un portero le dio la noticia de que el coronel Gutiérrez había muerto de una apoplejía. Para entonces, el alférez sólo recordaba vagamente quién había sido el coronel Gutiérrez y la noticia no le importó en absoluto.

ELEGIA POR EL AÑO VIEJO

Yo no tengo nada que decir sobre mis propósitos para el nuevo año. No albergo, por otra parte, ninguna clase de propósitos. Cuando el escuálido maratonista, cubierto de polvo, sudor y linfa, con los pulmones destrozados y los ojos inyectados en sangre, consigue llegar a la meta y se desploma del otro lado de la línea blanca ¿habrá algún alma miserable que se arrodille junto al agonizante para preguntarle sobre sus propósitos relativos a la próxima maratón?

Confórmense con que haya llegado a este 31 de diciembre sin haber muerto en el camino; que les baste con que haya cubierto todo el recorrido y nada de preguntas. Déjenme que me siente un rato, aquí en el pastito, y recobre el resuello. En todo caso, si están tan preocupados sobre mis propósitos para el año que viene —sobre los propósitos de un modesto ciudadano que es hincha de Wanderers, votó a Herrera, vive en un apartamento de dos dormitorios en el barrio Jacinto Vera y trabaja como auxiliar 4º en el Municipio para mantener su hogar (por ahora dos nenas, la mayor ya va al piano) esperen, para preguntarme, a que suba el señor Nardone (o a que lo bajen).

Para mí, les confieso, el año que viene es una nebulosa; más bien, una nube negra. Mejor que de propósitos para el año nuevo, les puedo hablar del año viejo. La gente, en estos días, tendría que llenarse menos de planes y esperanzas, y más de recuerdos. Ustedes, exitistas, se le apilan al sonrosado recién nacido, lo miman, lo festejan, le prenden fuegos artificiales, como si les fuera a traer la felicidad. Y al pobre 1959, si te he visto no me acuerdo. Ahí queda, arrugado, en la sombra, mirán-

dose los botines. Yo, caballeros, qué quieren que les diga: si me gasto, que sea con este desgraciadito que me acompañó todo un año. Hizo muchas macanas, es cierto, pero eso pasa hasta en los mejores Colegiados. Sus fulerías van desde la A (Azzini) hasta la Z (Zona de Libre Comercio); nos infligió las inundaciones, dos obras de Novas Terra y la visita del señor Hammarskjöld, las guerras civiles entre Danubio y Liverpool y el aumento de los taxis. Y sin embargo, aquí sentado en el pastito, echándome sobre los hombros la frazada que me trajeron para que no pesque un enfriamiento, yo me siento melancólico por el año viejo y esta noche, cuando levante la copa de sidra nacional, mi brindis no va a ser para este pavote de 1960, que como muchos de esos nenes que de noche andan en Giulia Sport por Pocitos, ya nace con todos los vicios y pobres de sus madres, sino por este socio mío tan escarnecido, que está ahí en lo oscuro, esperando que lleguen las 12 para el mutis final.

Entonces, junto todo el aliento que me quedó de esta maratón espantosa, me ato más fuerte el piolín de los pantaloncitos de corredor, miro hacia el cielo de la tardecita que se está poniendo fresco y con estrellas, y digo:

—Gracias, querido 1959, por habernos demostrado que se nos acabó la papa de la democracia perfecta y que las cosas buenas ya no nos vendrán más de arriba como los laudos de los consejos de salarios, sino que tendremos que rebuscarlas nosotros mismos, sin ministros ni diputados.

—Gracias por habernos enseñado que también los uruguayos podemos tener un día miles de tipos sin techo y decenas de miles de hambrientos, y sentir en el lomo lo que es al miseria.

—Gracias por cascotearnos con la carestía, la escasez, el espectáculo de cómo se enriquecen los vivos, los canallas y los frívolos, el mercado negro, la destapada

de tarro de las macanas del gobierno anterior y las medidas de pata del actual.

—Gracias por hacernos crujir los dientes y madurarnos a patadas; gracias por habernos violado esta virginidad de idiotas futboleros y burocráticos que nos había dejado a trasmano del mundo, mirándonos el ombligo; gracias por avivarnos y hacernos mostrar los dientes, a lo perro, de ahora en adelante.

Dicho lo cual, y con el permiso de los presentes, me levanto para acompañar a mi socio hasta la salida. Tomen la frazada, muchas gracias.

**II - BALTASAR POMBO,
POLIGRAFO COMPATRIOTA**

De pocos creadores como del polígrafo uruguayo Baltasar Pombo puede decirse que su obra permanece vedada a las jóvenes generaciones. Pero el deliberado silencio que la crítica *ad usum delphini* y la confabulación oficial (1) han tendido sobre su nombre, no puede ocultar ya el significado de Pombo en la cultura nacional, aunque las reducidas ediciones en que se plasmó su obra literaria permanecen celosamente custodiadas en algunas bibliotecas particulares y en ciertos puestos de la feria dominical de Tristán Narvajás.

Nacido accidentalmente a bordo del *Principessa Mafalda* en la penúltima década del siglo pasado, Pombo fue desde muy niño de delicada complexión y sufrió inquietantes trastornos gástricos ("mal-de-mer, vous savez", confió hacia 1913 al joven esteta Alberto Rusconi) que lo obligaba a permanecer largas temporadas en una silla

(1) Cf., al respecto, la mezcla de inexactitudes y verdades contenida en la ficha que merece Pombo en el *Diccionario de Personalidades Prescindibles* editado por la Biblioteca del Palacio Legislativo, en base a una recopilación del abate Miguel Ortiz Valverde:

"**POMBO, Baltasar** (1881-1961). Polígrafo uruguayo nacido en la Villa de la Unión, Montevideo. Padres: Lázaro Pombo y Mafíach, Teodorita Cornú-Unzué. Maestro normal, poeta, escribano, diplomático, cardíaco (insuf. mitr.). Polemizó con José Batlle y Ordóñez, Rabindranath Tagore y Eugenio Baroffio. Duelos: Juan Andrés Ramírez, el barón Guy de la Boisserie (en Dijon), Eduardo Víctor Haedo y Ulysses Pereira Reverbel. Orador connotado. Doctor *cum laude* y *honoris causa* en las universidades de Heidelberg, Tandil, Medinaceli y Antioquía. Durante su juventud, compañero de bohemia en París de Víctor Haya de la Torre, Jean Cocteau, el hijo menor de Ramón del Valle Inclán (al que decían Ramón) y Carlos Quijano, quien en 1925 le prologó un tomito de poesía anti-imperialista. Autor de una monumental *Historia Comparada de las Culturas*, cuyo primer original se extravió en Lieja al producirse la invasión alemana durante la Gran Guerra. Casado (terceras nupcias) con Agnes Nekrassova-Duplessis, del Ballet Imperial de San Petersburgo. Fallecido en Torremolinos en diciembre de 1961."

de ruedas con dispositivo especial de vaciado. Sus raras cualidades espirituales le impidieron contemporizar con el sistema colectivista imperante en nuestra enseñanza. Luego de recibir durante su adolescencia lecciones privadas de **monsieur Paul Groussac** —antes de que este famoso escritor argentino aprendiera el castellano— el joven Baltasar cursó estudios libres de Entomología Bizantina, Criptografía y Semántica Arawak en las universidades de La Plata y Tandil, donde se radicaban familiares suyos por rama materna, de esclarecida extracción patricia. (Su madre —admirable matrona centenaria— es Teodorita Cornú-Unzué, née Dorrego, pero sujeta en 1913 a una rectificación de partida dispuesta por Juárez Celman en ley especial).

Poco después de la primera conflagración mundial, las tareas diplomáticas del padre de Baltasar —Lázaro Pombo y Mañach, que presidió la delegación observadora uruguaya a la conferencia de paz de la guerra ruso-japonesa, e integró varias veces la comisión arbitral de límites entre Montenegro y el Imperio Austro-Húngaro— llevaron al futuro escritor a establecer dilatados contactos con los viejos centros de la cultura europea. En 1922 Pombo casi obtuvo el doctorado de ciencias y letras en la Universidad de Maguncia, pero de todos modos ocupó después un cómodo piso en el *quai Malaquais* de la *rive gauche*, que se transformó en uno de los más brillantes cenáculos y ombráculos de París. (El *hobbie* de Baltasar, hacia los *twenties*, consistía en jugar con las leyes mendelianas de la herencia y había conseguido un hermoso vivero de ombúes enanos). Gertrude Stein (y Suzanne Valladon, en los meses de verano, cuando Gertrude cumplía su cura anual en una *maison de santé* de Baden-Baden) mantuvieron un estrecho vínculo con Pombo. La modestia del joven *dilettante* sudamericano impidió que aún ahora se conozca bien su lógica influencia sobre los habitués del ombráculo (Hemingway, Max

Jacob, un tímido y larguirucho subteniente aficionado a los paraísos artificiales que se llamaba Charles de Gaulle, Cocteau, Pablo Ruiz y otros). Pero la misma Gertrude, Montherlant, Drieu la Rochelle, Fujita y los entonces jóvenes exiliados T. E. Lawrence y B. Pasternak han recordado, en textos aún inéditos, la fraternal hospitalidad de Baltasar. (De esos mismos años data la silenciosa y admirable labor de Pombo como prologuista y autor de un catálogo de la Sección VI de la *Bibliothèque Mazario*.⁽²⁾)

Hasta 1945, cuando regresó a la patria casado en terceras nupcias con la maravillosa Agnes Nekrassova-Duplessis (prima ballerina, en esa época, del Ballet Ruso del coronel Diaghilev, que en 1936 plantó a la *troupe* en Tolón y huyó con Baltasar, obteniendo posteriormente en Bucarest el divorcio de su segundo marido y originando una deliciosa historia de amor que invadió los diarios rumanos durante varias semanas), Pombo ocupó fructuosamente su existencia europea en la investigación. En Salamanca, Heidelberg, Malmö, la Sorbone y el *Institut des Hautes Etudes de París*, cursó Filología, Literatura Intimista Tibetana y Periodismo, aunque sin permitir que se le graduara en ninguno de esos casos, para no empañar con utilitarismos su perfecto desinterés intelectual. Ayudante emérito del profesor Bellus en la Clínica de Ortopedia Experimental de la *Conciergerie*, tuvo, entre octubre y noviembre de 1932 importante participación en las investigaciones conducentes a aislar el virus de la virosis, las que —como se sabe— estuvieron a punto de aislarlo. En 1939, además, faltaba a Baltasar muy poco para obtener en la universidad de Assís la licenciatura de Retórica Toscana, cuando el estallido de la guerra impidió esa culminación. Ya en Londres, a los efectos de colaborar en el esfuerzo bélico de los Luxem-

(2) **BALTASAR POMBO: Auteurs fouites (ABAissé, Pierre / ZOU-zou, Joseph-Marie.) Textes et amendements. Paris, 1929.**

burgueses Libres mediante una serie de conferencias por la BBC (un inesperado cambio en el Gabinete y el bombardeo del edificio de la BBC hizo que la idea no se concretara) optó en el **Christchurch College** de Cambridge a un M. A. D. (Master of Arts Degree) pero su delicada salud le impidió asistir a los cursos.

Dispersa en revistas literarias y publicaciones especializadas, la obra de Pombo ha tenido —injustamente— poco contacto con las prensas, un hecho que el mismo escritor se ha apresurado a saludar con serena modestia, (“vea en mí, más bien, a un causeur”, confió en 1928 a Dora Isella Russell, durante un breve pasaje por Montevideo para intervenir en un homenaje a Juana de Ibarbourou, que fracasó por indisposición de Juana) pero en la breve bibliografía pombiana todos los títulos son memorables.

Aparte de su delicioso volumen de poesía antimperialista (que nunca vio la luz, desgraciadamente, debido a la incomprensión de un imprentero impago), se tiene la seguridad moral de que Baltasar escribió su **Historia Comparada de las Culturas**, extraviada como se sabe. En 1938, finalmente, aparecieron dos pequeños tomitos de poesía mística (**Ubi est Deo**, Ferrara, edición del autor, 12 pp. y **Agnus Dei qui Tollit Pecata Mundi**, Editions du Defroqué, Dijon, 11 pp.)

Cabe agregar que hacia 1931 Pombo cedió en su tenaz modestia y urgido por diversos requerimientos políticos (entre ellos el de su padre, quien le había cancelado la cuenta corriente en el **Credit Foncier**), aceptó ingresar a la diplomacia (“sólo mientras la crisis nacional me necesite —como confió al canciller de la época en una conversación telefónica de larga distancia con cargo a Rentas Generales— y porque Juanjo Campisteguy me lo ha pedido”). En los períodos en que su intensa actividad literaria se lo permitía, Baltasar Pombo desempeñó diversos destinos en el servicio exterior, primero en un poco

lucido pero importante puesto de difusión cultural en nuestro consulado de Capoeira do Sul; luego, en Mónaco, Amberes, Hong Kong y Murmansk.

Desde 1946 vive retirado en el Uruguay, donde alterna su actividad entre la política, la redacción de sus memorias y el discreto contralor de una industria textil. Su residencia permanente es el Balneario Jaureguiberry, aunque Agnes y él pasan los veranos en la quinta solariega de Buschental.

POMBO, PROFESOR*

(Pombo entra en el aula frotándose las manos y los alumnos advierten que sus ojos brillan detrás del monóculo. Sin duda, la de hoy será una clase para recordar).

POMBO: Prosigamos hoy, queridos jóvenes, nuestro cursillo introductivo a la profesión más vieja del mundo.

Martínez: ¿de qué se compone un diario?

MARTINEZ: Vaya, profesor. De papel.

POMBO: No está mal, Martínez, pero ha contestado usted como un administrador. Piense más, Martínez.

MARTINEZ: En fin... Un diario... No se me ocurre nada más, señor Profesor. Estoy como embotado.

POMBO: Le auguro entonces una brillante carrera periodística, Martínez. Pero, en general, acostumbraos a trascender las apariencias, amigos míos. Si decís que un diario es de papel, caeréis en la peligrosa tendencia a basaros en los datos de los sentidos, más bien que en las grandes y fecundas abstracciones. Y de esa perversión realista del intelecto a sostener que un estadista es un mamífero hervíboro, sólo porque habéis al señor Ulysses Pereira Reverbel comiendo una ensalada de be-
rra, hay sólo un paso. Un diario es...

UN ALUMNO: ¡Una publicación que trae noticias!

OTRO ALUMNO: ¡Un vehículo de cultura!

OTRO: (Que ha sido becario del Departamento de Estado) ¡Un medio de comunicación de masas!

(*) Retirado con su esposa Agnes al Balneario Jaureguiberry, Pombo, que siempre admiró a Juan de Mairena (con quien mantuvo una fecunda correspondencia, usualmente interceptada por Antonio Machado, un celoso congénito), fundó en esa meritoria localidad la Escuela Libre de Didascalia, donde desempeña la Cátedra de Periodismo. Las aficiones principales del polígrafo compatriota, como se sabe, han sido por su orden la malacología, la colección de lepidópteros y el periodismo, aunque nunca llegó a desempeñar efectivamente este último, por resultarle insoportable el olor de tinta de imprenta.

POMBO: Sí, mis queridos muchachos. Un diario es todo eso, pero dejemos la poesía y vayamos a la ciencia. Agnolotti: defina un diario.

AGNOLOTTI: (Leyendo dificultosamente de un "ferrocarril" que oculta en el puño de la camisa) "Un diario es una página de editoriales rodeada de avisos y con los huecos que quedan llenos de noticias viejas".

POMBO: Correcto, Agnolotti. Felicitaciones y retírese al patio con dos faltas disciplinarias por imbécil. He dicho que no quiero "ferrocarriles" en clase.

AGNOLOTTI: Sí, señor profesor.

POMBO: Grabaos bien las palabras de ese imbécil que acaba de retirarse. En nuestra civilización, cuando pasen estos tiempos turbulentos, solo quedarán inmutables las grandes verdades dichas por los imbéciles. Este desdichado de Agnolotti ha mencionado los editoriales y de ellos deseo hablaros esta mañana. ¿Quién de vosotros quiere ser periodista?

CASI TODOS: ¡Yo, señor profesor!

POMBO: Magnífico. Y usted, Pérez, ¿por qué calla? ¿No quiere usted ser periodista?

PEREZ: No, señor profesor. En mi familia todos somos pobres pero honrados.

POMBO: ¿Y por qué, entonces, viene usted a clase, alma de cántaro?

PEREZ: Mi padre dice que si quiero ser millonario tengo que ser ministro, pero que los ministros empiezan siendo diputados y los diputados tienen que ser primero periodistas, pero poco.

POMBO: ¡Ah, lo que su padre de usted quiere es que usted sea editorialista!

PEREZ: Eso, pero me daba vergüenza decirlo así, delante de todos mis compañeros.

POMBO: Se equivoca usted, Pérez. Su pudor es infundado. El admirable desarrollo de la prensa ha convertido al editorial en una de nuestras principales indus-

trias, creadora de fuentes de trabajo y de divisas. Y lo más elogiabile: se trata de una industria del intelecto, que funciona prácticamente sin materia prima.

PEREZ: Sí, señor profesor.

POMBO: (Entrando de lleno al tema). Anotad, amigos míos. El editorialista y su obra, el editorial, operan en nuestra sociedad las mismas tareas que las alimañas campestres, las gigantescas y misteriosas migraciones suicidas de ciertos lemúridos excesivamente prolíficos o los grandes flagelos climáticos. Estos son los instrumentos de que se vale la Naturaleza para restablecer el equilibrio biológico amenazado por la desproporción, por la inadecuación de los apêtitos y necesidades a las condiciones reales de alimentación, posibilidades y recursos. El editorialista, igualmente, restituye la sociedad a sus verdaderos límites...

UN ALUMNO: Más despacio, señor profesor.

POMBO: Perdonad. Me exalto ante la magnificencia del tema. ¿Dónde íbamos, Martínez?

MARTINEZ: (Sorpresa en medio de una partida de tute con Pérez) ¿Eh?

POMBO: ¿Distraído en clase, Martínez? Bien; mañana deberá usted leer toda la prensa del día y efectuar resúmenes de sus editoriales.

(En la clase resuenan murmullos reprobatorios, cada vez más audibles, al borde de la rebelión indignada. Uno de los alumnos se pone de pie.)

ALUMNO: Señor profesor. La falta de Martínez ha sido leve. No sea usted cruel.

POMBO: Nada, nada. El se lo ha buscado. Prosigamos. Decía de la acción moderadora que ejerce sobre la sociedad el editorialista. En efecto: nuestra raza de Caín, cuya soberbia aumenta con los siglos, ha llegado a considerarse, por una aberración psicológica, imago Deus, a imagen y semejanza de Dios, heredera de la Creación y con capacidad infinita para la elevación intelectual. El

hombre, triste arcilla sufriente, ha perdido la humildad y la conciencia de sus limitaciones. El editorialista, entonces, con su tarea cotidiana, restablece el equilibrio, demostrando que también podemos ser otra cosa. Cuando, como hombre, me siento culto, informado, profundo, lleno de sentido común, patriota y otras diabólicas tentaciones que los demonios nos proponen, me basta leer un editorial cualquiera y encontrar en el editorialista, ese hermano mío, el espejo de mi verdadera e inferior esencia. Entonces caigo de rodillas y me golpeo humildemente el pecho... ¡Caramba, una apexícula reticulata bovis!...

(Una bella mariposa ha pasado por la ventana y Pombo, llevado por su ciega afición de coleccionista, salta por la ventana y se pierde entre los macizos del jardín, sin que los alumnos —en su mayor parte dormitando en los bancos— lo adviertan).

(Para mejor comprensión de los correligionarios y para exponer en forma didáctica a las generaciones futuras la esencia del episodio político que acaba de protagonizar —en una magistral lección cívica que fue prototipo del comportamiento de nuestras reservas morales— he pedido a Baltasar Pombo que reprodujera del dictáfono sus notas cotidianas. He aquí esa versión).

Marzo 5.

Me visita una delegación del partido, sin anunciarse, en mi despacho de la fábrica de paño lenzi que es herencia familiar (y a la que he vuelto desde la diplomacia, como Cincinato volvía al arado.) La preside el senador Guazunambí Tort, pero no le doy tiempo a que hable. No los recibiré aquí, sino en mi estudio de la quinta solariega de Buschental. "Cada cosa en su lugar", les dijo sonriendo, mientras pienso que Buschental es más bien despoblado, y menos gente puede verme en compañía de un senador, situación que nunca me atrevería a exhibir delante de mis empleados. Los cito para la semana próxima.

Marzo 10.

Tort y los delegados llegan con retraso. Los reconvengo indirectamente, citando como al descuido mi célebre frase a Alfonso Reyes (que Alfonso ha recogido en sus *Meditaciones*), cuando compartíamos en Dijon, hacia 1923, el *petit auberge* de madame Pontchartrain: "Alfonso, muchacho, estás en mora con la posteridad y la pensión". Las sutilezas resbalan sobre Tort, que es con-

tador. Pasa a explicarme el motivo de la visita. El Partido ejerce el poder, pero está desgarrado por sus luchas intestinas. Se ha pensado en mí como candidato de transacción. Se sabe que estoy alejado de la política desde 1951 —después de mi último no ha lugar a duelo— y se cree que no sería resistido. Prometo pensarlo.

Marzo 10. (Una hora después)

Lo he meditado y esta noche lo seguiré haciendo en mi dacha de Jaureguiberry, adonde pienso retirarme el fin de semana para hacer un balance de la crisis política. Me intimida un poco la responsabilidad enorme contenida en el cargo que se me ofrece, y su proyección en el proceso socio-organizativo del país. Sé que a esta altura de mi vida me afectaría hondamente abandonar la fábrica de paño lenzi, las veladas con Agnes jugando a las damas chinas y mi violon d'Ingres que es el estudio comparado de los dialectos arawak. No sería la primera vez que dejaría la paz de mi bien ganado retiro, para servir al país, con resultados que me han llenado de amargura (*).

(*) He pedido a Pombo, en atención a la proyección histórica de ese poco conocido episodio al que alude oblicuamente, que me proporcione más adelante su versión, para un nuevo artículo. Se trata, aunque muy pocos lo saben, del proceso de su renuncia a la vicepresidencia de la Comisión Honoraria para el Estudio de los Teredos en la Red Vial. Estoy seguro de que si accede, la galanura estilística de Pombo y su felicidad narrativa añadirán a la crónica un fuerte y agradable sabor, no muy frecuente en la literatura política nacional.

Nota bene: Como de sólito, mi joven amigo Gut se equivoca en los datos y en las conclusiones. El episodio al que alude —que prefiero por ahora mantener en la penumbra marginal de la Historia— no fue provocado por mi renuncia a la Comisión Honoraria para el Estudio de los Teredos en la Red Vial. No llegué nunca a integrar ese Cuerpo, debido a que cuando iba a iniciar viaje desde Viena para hacerme cargo de la honrosa designación, estalló la Segunda Guerra Mundial y fui conducido junto con Agnes y un pediatra compatriota que se encontraba de paso en Austria y había solicitado que le presentara a Jung, valido de mi vieja amistad con el maestro, a un campo de internación de Charlottenburg. La renuncia citada por el apresurado antólogo quizá sea la que elevé abandonando mi cargo en la Comisión Organizadora del Sesquicentenario de la Primera Línea de Bombeo, por motivos que no corresponde aquí elucidar. Vale. BP.

En principio, escribo a Guazunambí Tort una breve nota —con veinticinco copias, una para mí, otra para el Museo Histórico (como toda mi correspondencia particular) y el resto para la prensa oral y escrita— donde declaro que estoy a las órdenes del Partido para todo lo que sea gestiones de unificación, pero que no acepto posición alguna.

Marzo 10. (Otra hora después.)

Retengo la nota a Tort. Lo he pensado mejor. No puede ser que por egoísmo personal entorpezca el proceso institucional de la nación. Si el país me precisa, me tendrá. Rompo la nota, (aunque por razones de estrategia política, remito las veintitrés copias de la prensa oral y escrita) y redacto una segunda comunicación, dirigida al Honorable Directorio, aceptando el cargo. **Les jeux sont faits.** Soy, desde ahora, presidente alterno de la Comisión Asesora Honoraria para la Erradicación del Bocio Avícola.

Marzo 15.

Estoy instalado en mi despacho de la Comisión desde ayer. Hice trasladar al despacho el óleo de mi bisabuelo, ejecutado por Besnes Irigoyen y el tintero de bronce usado para firmar los pases de acceso del personal de servicio a la ceremonia de protocolización del pacto de Brest-Litovsk, recuerdo personal que me obsequió hacia 1913 un ayuda de cámara de S. M. Alejandro de Yugoslavia. Por la mañana convoqué a una conferencia de prensa, en la eventualidad de que tenga que ocupar la presidencia de la Comisión. Todos los diarios reproducen hoy mis declaraciones, menos el del Partido. Cuando mi secretaria vino con los recortes, hice telefonar al diario, inquiriendo las razones de la omisión. Una voz aguardentosa contestó a mi segundo secretario que se trataba de falta de espacio. Insistiré.

Marzo 16.

En prolijo repartido a mimeógrafo he enviado anoche al diario del Partido mis declaraciones en la conferencia de prensa, añadiendo mi bibliografía y un breve exordio con dos o tres citas latinas apropiadas. Incluí una espléndida fotografía de 1921, donde aparezco en el Estoril con la Infanta Carlota y Farruco, como llamábamos sus íntimos a S. A. R. el Príncipe don Juan de Borbón y Parma. Sin embargo, hoy no salió nada. Efectué personalmente otro llamado telefónico y la misma voz aguardentosa dijo que era un problema de falta de espacio. He colgado, luego de advertir al quídam, con mi más helada cortesía, que tal vez la falta de espacio se refiera a sus circunvoluciones cerebrales. La voz agradeció, llamándome doctor, lo cual revela que en este pobre país ya no se puede ni injuriar.

Marzo 20.

Habiendo esperado un plazo prudencial para que aparecieran mis declaraciones en el diario del Partido, sin que ello ocurriera, hoy presenté renuncia indeclinable. Escribí además una carta abierta al Presidente de la República, mientras remitía a la prensa oral, escrita y televisada boletines cada dos horas y ordenaba a la fábrica que disminuya *doucement* sus avisos a los diarios que no publiquen los boletines.

Marzo 30.

Los diarios anuncian que el Gabinete tratará hoy mi renuncia. La bancada de la Cámara de Representantes se reunió esta tarde y me declaró su solidaridad.

Abril 1º

Salvo uno, los ministros me han hecho llegar su adhesión personal, aunque en forma no pública. He organizado en las caballerizas de la quinta de Buschental una sencilla pero eficiente oficina de prensa, con tres redactores y un mimeógrafo. Casi no dan abasto para transcribir, copiar y remitir a la prensa las alternativas de mi renuncia y las adhesiones recibidas. Otro empleado, con un receptor portátil de televisión, monitorea los informativos; trasladé una chica de la fábrica para que maneje el archivo de recortes de prensa, que ya ocupa un armario metálico.

Abril 2.

En declaraciones a la prensa extranjera, convocada especialmente, el Primer Mandatario señaló encontrarse preocupado por la situación, que ha afectado ya ligeramente el mercado cambiario. Añadió que mi renuncia le parecía inexplicable, y que el Gabinete estaría dispuesto a una sesión extraordinaria, esta tarde, para emitir un voto de confianza. El teléfono ha sonado toda la mañana, pero lo he dejado sonar. Creo que estoy haciéndoles sentir el rigor a estos novatos, como decía mi viejo camarada Fernán Silva Valdés al editar un nuevo tomo de obras teatrales.

Abril 3.

El Poder Ejecutivo declaró hoy públicamente la confianza del Gabinete en mi actuación, y retiré la renuncia. El senador Guazunambí Tort y doce delegados del Directorio, entre ellos tres ministros y el Secretario de la Presidencia de la República, concurrieron a Buschental a presentarme sus respetos. Tort explicó que había

habido un equívoco; el de la voz aguardentosa era el Secretario de Redacción, señor Suffiotti, que al leer mis declaraciones pensó que se trataba de un petitorio para instalar el alumbrado público en el barrio Jacinto Vera, y lo tiró al canasto. Sonriendo con complicidad, Tort añadió que en la próxima fórmula presidencial, naturalmente... pero lo detuve en seco con un gesto imperativo y una expresión altiva. En mi residencia particular no se habla de negocios. Y los cité para la semana que viene, en la fábrica.

III - LAS SOMBRAS
EN LA CAVERNA

Como Jorge Luis Borges:

ALEGORIA DE LAS MOTONETAS

Escribe Gian Carlo Pudorossi en el capítulo décimono de sus *Stanze per la Madona* que si un hombre sueña todas las noches con una mujer desnuda, en algún lugar de bifurcados senderos otras mujeres innumerables y desvestidas sostendrán con el soñador un lúbrico encuentro.

Pudorossi no alcanzó a redactar el capítulo vigésimo; la invasión de Venecia por Solimán en 1213 y los desórdenes y saqueos ulteriores le hicieron perder la cabeza, que en la segunda luna del mes Radaman de la Egira apareció en lo alto de una dilapidada muralla. Así, un veloz alfanje musulmán le impidió determinar el sitio y el tiempo en que esa redundante circunstancia erótica sobrevendría.

La incompleta doctrina fue confutada sin éxito en los tres últimos apartados de la *Vom ursprunglichen Geschmack* de Albrecht Tarcisius y su nombre técnico, *apokastasis*, cundió en la exégesis evangelista de la Escuela de Heidelberg, si bien con intención indeterminada. Un oscuro polígrafo de Maguncia trató en 1353 de interponer en ella un sacrilego añadido, pero obtuvo la hoguera. Otros, más osados o más incombustibles, completaron la ardua teoría, que en el verano de 1932 leí en un hotel de Adrogué, dentro del placard donde me había introducido, confundiénolo con otro gabinete de interdicta denominación.

Hacia 1941 la profecía imprecisa del acéfalo veneciano desveló mis noches de soltero, en los meses siguientes a la previsible muerte de María Hortensia Ezcurra de la Hoz, cuyo rostro perfecto conocí recién du-

rante su velatorio. Ese año, en Salta, soñé por primera vez una figura femenina y bifronte; con temor, con infinita minuciosidad, recobré cotidianamente sus contornos. A fines de diciembre confíé a Adolfo Bioy Casares y a Enrique Amorim durante una profusa e interjéctica charla a propósito de la versión apócrifa del **Gleichzeitig praktische Kleidung die zu jeder Gelegenheit erfordert ist** (por ese entonces exhibida en un inverecundo escaparate de Callao y Florida) que creía haber comprobado la proposición de Gian Carlo.

Esa lejana confirmación argentina de que Pudorossi y el calcinado polígrafo eran veraces ha fatigado mis antologías. Por eso me pareció casi inevitable que se acodara en el estaño del boliche de Avellaneda donde, al mismo tiempo, yo apuraba el infrecuente sabor de un guindado oriental de contrabando y la lamentación de Guido dal Duca de Brettinoro en el canto XIV del **Purgatorio**, el hombre que me transmitió este relato.

En 1953 Isidro Monegal viene a Buenos Aires para rescatar un prestigio que le falta en su Rosario nativa, donde tuvo que desperdiciar cuarenta y dos puñaladas para finalizar con un policiano solitario y desarmado. Un porteño alarife que es su compañero en la homeopática mesa de la pensión de Paseo de Julio que los refugia, le pone en la mano un alambre de enfardar y lo lleva un mediodía a una concentración en Plaza de Mayo, donde habla el Hombre. Después, sin que Monegal vislumbre aún el imprevisto, deslumbrante final de la aventura, el porteño lo afilia al Partido y toma un tren en Retiro con destino a Resistencia, llevándose los últimos cinco pesos y el poncho del rosarino derrochador de puñaladas.

Durante catorce noches, insomne en el inhóspito lecho de Paseo de Julio, Monegal urde desapasionadamente cómo pagar la pensión. En la décimoquinta hacia el alba, mientras investiga en el fondo de un bolsillo pec-

toral desdeñados restos de tabaco brasilero para armar con papel higiénico, halla al mismo tiempo el repentino carnet del Partido y la respuesta al enigma.

De allí en adelante el rosarino enfrentará duplicadamente el rostro ensanchado por la sonrisa que el Hombre destina a los cuchilleros en desgracia; en las dos audiencias completa la descripción de su infelicidad y alude filosóficamente al porteño desaparecido; hacia la frase postrera el Hombre aumenta la sonrisa y Monegal conoce que está salvado.

El año siguiente lo encuentra en la Quinta de Olivos, enfundado en un overol que desdibuja al compadrito interior conservado por Monegal como un recuerdo de familia; por decisión superior, está encargado de imponer nafta y aceite a las motonetas del Hombre y el espectro del policiano es sólo el tema de noches desveladas por los gemidos con que sucesivas afiliadas de la UES celebran su graduación.

No obstante su vida morigerada (y a causa de ella, también) el rosarino sabe que, de alguna oscura manera, ha practicado la apostasía y el envilecimiento. Otro acontecimiento reitera a Monegal que ha elegido la infamia: en 1955, un fraybentino que se niega a decir su nombre pasa por Olivos y le deja un mensaje del porteño raptor de su poncho: está en Montevideo, no en Resistencia (aunque por una no buscada felicidad verbal, también lo esté) y el mensaje consta de una sola y crítica sentencia que estipula la recomendación de escuchar a Augusto Bonardo por Radio El Espectador.

Monegal obedece y encuentra la razón de su peripécia, desde la esquina rosada donde el perforado sargento boqueó sus tautologías póstumas hasta ese garage poblado de Mercedes Benz y Alfa Romeos, en el que repara las motonetas del Hombre. Entonces, sin haber sabido nunca que Gian Carlo Pudorossi escribió el capítulo décimonono de sus Stanze, ni que en 1353 un hom-

bre fue incinerado por sostener que las criaturas soñadas pueden acumularse para cuando hagan falta, perdona al porteño y consagra sus noches a soñar con motonetas. A fines de ese año considera que son suficientes; se compra unos lentes negros, dispone las motonetas en Flota de Mar, subleva las bases navales e inicia la Revolución Libertadora.

Salto Oriental, octubre de 1948

Como Mark Twain:

MI SEMANA EN CROCODILE CREEK

Uno de mis más emocionantes recuerdos de Nuevo México es la semana que pasé en Crocodile Creek, un pequeño villorrio de pioneros fundado por el coronel Jedediah Cummings cuando promovió en Washington los subsidios para su proyecto de ferrocarril hasta las Montañas Rocallosas. Mi hermano Eugene, a la sazón un robusto muchachón de cincuenta y tres años, había sido electo sheriff de Crocodile Creek debido a su fama como tirador de pistola, con ambas manos, en toda la Confederación sureña y en varios penales del Medio Oeste, y me invitó a ser su ayudante.

Al descender en Crocodile Creek de la diligencia que me había conducido desde Portland, Oregón, a través de inúmeros peligros (entre ellos, las feroces tribus mormonas diseminadas a lo largo de Utah) me despedí con lágrimas en los ojos de Bill Corriedale, el conductor. Bill era un magnífico ejemplar de pionero, de los que ya no se encuentran en el Oeste. Como consumía en cada posta todo el licor de alambique disponible, medía sus terribles borracheras de acuerdo al itinerario de su carromato. "Mister Mark —me confió en un momento de abandono, mientras la diligencia corría por el desierto de Mojave seguida por una partida de indios navajos con opinión formada sobre nuestro cuero cabelludo— juro a usted que nunca he estado achispado más de 1.200 millas".

El primer ser viviente que me recibió en Crocodile Creek fue un harapiiento anciano, el cual, hamacándose en un sillón, conmovía periódicamente un cercano recipiente de bronce con certeros impactos líquidos provenientes del tabaco en rama que masticaba.

—Caballero —le dije, descubriéndome—, me llamo Mark Twain y procuro encontrar a mi hermano, el sheriff. ¿Podría usted indicarme, venerable colono, el paradero de dicho funcionario?

Esperé varios minutos sin recibir respuesta, a no ser las sonoras campanadas del bronceo recipiente.

—¡Vejete miserable! —expresé entonces con helada cortesía.— ¿Abandonaría usted por un instante esa roñosa ocupación bucal, soltando su cochina lengua para contestarme?

Al obtener igual resultado que la vez anterior, así al viejo por su astrosa barba y lo estrellé contra el entarimado de la galería, mientras destrozaba el sillón a puntapiés y repetía la pregunta. Mi paciencia dio sus frutos. Al recobrar el conocimiento, el anciano me proporcionó las señas de mi querido hermano y sólo hube de lamentar en todo el episodio mi oreja derecha, volada por un disparo calibre 45 que el viejecillo hizo al volver yo la espalda.

Un tal Pete Thompson (que se encontraba en la trastienda del despacho del sheriff, azotando a un indio) me informó que mi hermano había salido a perseguir unos cuatrerros, por algo relacionado “con el reparto de un botín”, y que a esas horas se encontraría en Tijuana, México. Su regreso, si eludía la horca, se calculaba para fines de año. De todos modos, al declarar yo que era hermano del sheriff, Thompson me tributó una calorosa acogida. Apuntándome con su pistola entre los ojos, me hizo poner de cara a la pared con las manos levantadas, mientras el indio colocaba su tomahawk contra mi yugular, y ambos procedieron a un rápido registro de mi persona. Al enterarme que Thompson era realmente el ayudante del sheriff, no tuve inconveniente en confiarle, sin cambiar de posición con respecto a la pared ni al tomahawk, mi cigarrera de oro y rubíes, mi pluma estilográfica de plata, mis gemelos de topacio y mi car-

tera con 12.000 dólares, provenientes de la venta de las propiedades de un tonto de Scottsboro. “Mister Thompson —advertí al ayudante, mientras éste me arrojaba a la calle a puntapiés—. No le exigiré recibo de depósito porque confío en los servidores públicos, pero espero encontrar mis pertenencias en buenas condiciones de uso cuando pase a que me las devuelva”.

Una hora más tarde había encontrado empleo en el periódico local, **The Crocodile Creek Herald**. Su editor resultó ser un viejo conocido mío, el coronel H. Bumpstead-Jones, con quien había trabajado en Washington. En 1885, Bumpstead-Jones tuvo que retirarse con algún apresuramiento de la capital, debido a la incompreensión del gobierno sobre su intento de abolir el papel moneda y utilizar en los negocios cheques sin fondo, como símbolo de la buena fé mutua de comprador y vendedor. El coronel —uno de los más reputados calígrafos del distrito de Columbia— quedó desagradablemente impresionado por la testarudez del Departamento del Tesoro, empeñado en no reconocer las verdaderas obras de arte representadas por sus múltiples firmas. “Me he pasado la vida perfeccionando la letra de hombres famosos —declaró Bumpstead-Jones, poco antes de partir al alba, emplumado con alquitrán por sus acreedores y maniatado en un caballo sin ensillar— y no toleraré que cualquier burócrata me impida ejercer ese talento”.

Quando encontré a mi viejo amigo en su periódico de Crocodile Creek salté a su cuello con alborozo, virtiendo lágrimas de alegría. De inmediato lo encañoné con mi pistola Derringer y le rogué que me devolviera los 53.000 dólares, mitad de un arqueo en el Banco **Smith and Smith**, que yo le había confiado por unos instantes en la primavera de 1884, mientras cambiaba las balas del rifle con el que acabábamos de asesinar al tesorero de la institución.

Como el coronel no disponía en ese momento de dinero menudo, me ofreció un puesto de redactor de noticias sociales en el **Herald**, que acepté de inmediato y desempeñé sólo una semana, pero con la promesa de reintegrarme apenas hubiera solucionado el enojoso trámite administrativo de la puesta a precio de mi cabeza por el gobernador de Arkansas. Siempre he opinado que el periodismo debe ser el último refugio de los asaltantes de bancos.

Como Mario Benedetti:

POEMAS DEL ALMACEN

Dependiente

La semana que viene hay en pancitos
cuando entré a los diez años el gallego
le prometió a mamá subirme el sueldo
la lata a diez cincuenta sí señora
después del primer año tome el vuelto
y el domingo ya cumpla dieciocho
el teléfono está atrás de la barrica
y minga del aumento este gallego
si cuando cumpla veinte no me aumenta
el kerosén después por que me ensucio
pero ya no lo aguanto guambia nene
dejá pasar primero a la viejita
si no me aumenta entonces no me aumenta



por lo menos cien pesos aunque sea
acá viene la piba del dentista
a ver si un día me embalo
y empiezo a llegar tarde venga encanto
le tengo guardaditos los chorizos.

Lunes

Si hoy fuera domingo
pero domingo en serio
como está en la planilla donde dice
semana inglesa y se durmió una mosca
que estaba indigestada y puso el punto
si hoy fuera domingo
me lavo las orejas me las lavo
me consigo diez pesos de la vieja
perdone don Manuel y no trabajo
y que el gallego cierre y que no venda
nada gallego no se vende nada
si hoy fuera domingo
les juro que me pianto el guardapolvo
y me voy en la chiva por la rambla
aunque siempre un tarado algún tarado
me grité ché canario
andá a hacer el reparto por tu barrio
porque la chiva tiene y qué me importa
el nombre del gallego y el letrero
Baratillo La Fuerza del Destino
la cosa es que paseo y busco novias
y qué me importa pero no es domingo.

Venganza

Total me voy mañana
no compre el alcaucil
es un veneno
y tiene los gusanos desde el lunes

la banana está verde la que queda
cien pesos la docena
pero a treinta
llévesela nomás
no compre azúcar
porque el gallego la barrió del suelo
si gusta
sírvasse de aceitunas que son gratis
el kilo de café a doce pesos
y cinco frascos más van de regalo
¿cincuenta al peso?
entonces tome el vuelto
13.40 y no me diga nada
eso sí mucho ojo con el trompa
que está tuberculoso
es comunista
y contagia la fruta cuando tose
lleve nomás el fiambre que apetezca
y no pague total me voy mañana.

POEMAS DEL HOY CON AY

Azzini

Ahí viene Azzini
ojo
guardabajo
un peso costará como tres pesos
tres pesos costarán como tres Kennedy
y qué barbaridad
todos iremos a la Radio Rural
para que Chicotazo
nos dé una explicación como quien bala.
Oh cuánto cuánto
costará la carrera
de un joven contador

y un buen Estudio
de esos Estudios buenos y contables
importados
que no se encogen a la primer huelga
un Estudio contable
de nylon cienporciento.
Oh cuánto cuánto
costará un Ministerio
en la noche sin dólares ni luna
con el Banco República fundido
y el gordo Gari
firmando los conformes con rocío.

Ahí viene Azzini
ojo
guardabajo
no habrá BID ni Loeb ni Banca Morgan
ni Fondo Monetario ni la Alianza
ni ediles diputados senadores
ni ministros ni chapas oficiales
ni contratos subsidios comisiones.
Ahí viene Azzini.
Ojo.
Guardarriba.

Balada del insolvente.

Hay días en que siento una desgana
de usted, de mí, de todo lo que existe a dos firmas
y me hallo solidariamente explotado,
apto para que en mí se acumulen los intereses
y nada en mi bolsillo se parezca a diez pesos.
Días en que abro el diario con el corazón en la boca
como si aguardara de veras que mi nombre
fuera a aparecer en la crónica roja o en Mortuorios
seguido de una nómina de garantes
y de una indócil tropa de hoscós cobradores.

Hay días que ni siquiera son oscuros,
días en que el cedulón me pierde el rastro
y no tengo más remedio que atender el teléfono
con una rabia hecha para otra ocasión,
y explicar por supuesto que pasaré mañana.
Bueno, esta balada es sólo para avisarle
que hasta fines de agosto no me traiga la cuenta.

Como Larra:

YO QUIERO SER CELEBRE

A la memoria de don Mariano José de Larra, maestro insigne de todos los periodistas del idioma, que descubrió las notables posibilidades de la nueva profesión y luego se suicidó.

Mi criado filipino, discreto y silencioso como siempre, entró en la sala para anunciarme que un señor me procuraba. Mi primer impulso —vestigio de una época ya superada en que cada aldabonazo en mi bohardilla representaba un cobrador aullante y apoplético a fuerza de fracasos— fue negarme. Luego recordé que actualmente era rico y famoso gracias a mi página de comentarios sobre televisión. Deslizando bajo un almohadón las **Obras Completas de Nené Cascallar** que estaba leyendo, tomé un libro de Carlos Martínez Moreno, arreglé los pliegues de mi bata de brocado y dí orden de que pasara el visitante.

Esperé unos segundos. Cuando la puerta volvió a abrirse, enrojecí de ira.

—¡Rómulo! —exclamé, llamando a mi criado.— Ya he dicho que no quiero perros en mi casa, aunque sepan hacer pruebas. Pon ese animalucho sobre sus cuatro patas, sácalo fuera y ten en cuenta que estás multado en una semana de salario.

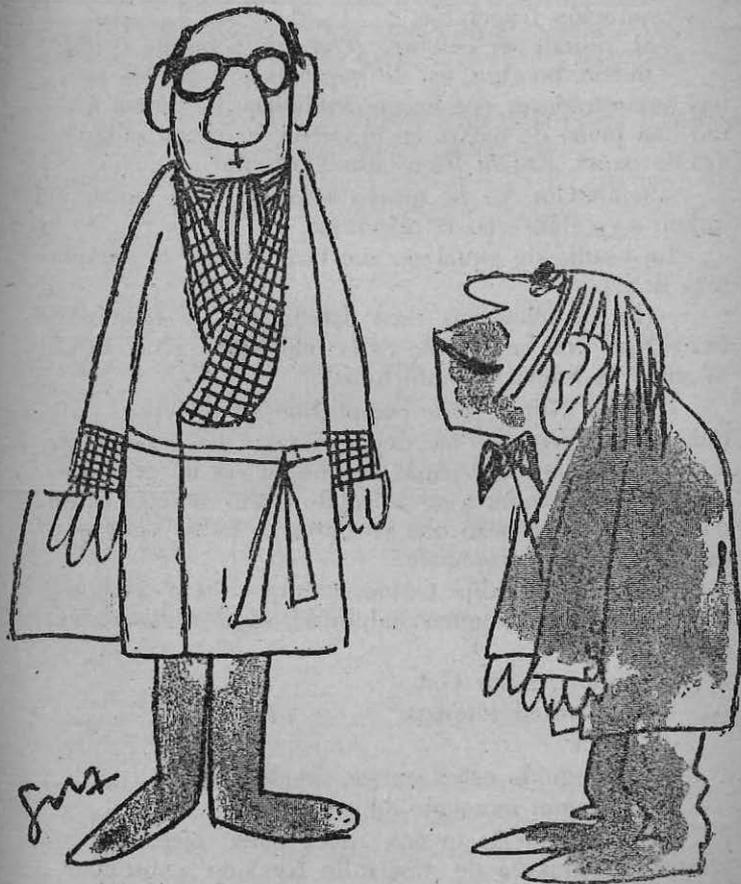
—Perdón, señor —repuso imperturbablemente mi criado filipino.— El señor es el visitante anunciado.

Disimulé mi leve turbación calándome los lentes.

—Señor Gut —profirió entonces el visitante, precipitándose hacia mí y tomándome de la mano.— ¡Dios mío! ¡Llorando por mi causa! ¡Esos ojos llorando por mí!

—¡Quite usted! —repuse, molesto.— ¡Qué llantos, ni que infanticidio! Simplemente, estoy calándome los lentes para examinarlo mejor.

—¿Lentes? Solo veo que se restriega usted los ojos.



—Es que son lentes de contacto, señor mío. Pero, al grano. ¿En qué puedo servirlo?

—Señor Gut; yo quiero ser célebre.

—Muy bien. El ascenso en la escala zoológica es una aspiración respetable.

—Sí, quiero ser célebre. ¿Qué me aconseja usted?

—Bueno, hombre, así de improviso... En los circos hay amaestradores que hacen maravillas. Le ponen a usted una moña de moaré en el cuello, le hacen saltar un aro de papel. Eso sí: ¿tiene usted patente?

—Señor Gut, yo no quiero trabajar en un circo. Yo quiero ser célebre en la televisión.

La osadía de aquel ser me hizo olvidar la compostura debida.

—¿En la televisión, dice usted? ¿En la televisión? Pero, ¿qué cree usted que es la televisión? ¿Qué es para usted la televisión, infortunado?

—No sé. Nunca pude comprarme un televisor, y debido a mi aspecto no me dejan entrar a las casas de familia, de manera que jamás he podido ver un programa.

Iba a responder a aquel sujeto como merecía su audacia, cuando recordé que yo tampoco había visto nunca televisión y me contuve.

—Bien, bien —dije nerviosamente.— Pero, ¿supongo que tendrá usted alguna habilidad, alguna especialización?

—Ninguna, señor Gut.

—¿Sabe usted idiomas?

—Ni jota.

—¿Ha seguido usted cursos de dicción?

—En ningún momento, que recuerde.

—En fin; por lo menos, ¿hace usted ejercicios respiratorios, gimnasia de desarrollo torácico, calistenia?

—Ni por asomo.

—Hombre, francamente... Pero, diga usted: en

cuanto a apariencia física, eso sí, ¿no? En cuanto a apariencia física usted ha intentado, al menos...

—Nunca, señor Gut.

—Ese pelo que le llega a usted hasta las cejas y que por detrás cuelga hasta el cuello de la camisa... ese pelo, digo yo: ¿ha lavado usted alguna vez ese pelo con agua y jabón?

—¡Libreme Dios, señor Gut! Mi pelo es un recuerdo de mi santa madre, que en la Gloria esté.

—¿Y esas uñas? ¿Ha usted cortado alguna vez esas uñas, especialmente la del meñique, que veo crecer frondosamente?

—¿Quiere usted confundirme, señor Gut? Mis uñas son mis únicas joyas, pobrecillo que soy.

—Le ruego sólo, querido amigo, que me contesta una última pregunta: ¿y ese rostro picado de la viruela, esa nariz virada hacia el Suroeste, ese ojo derecho con una nube, esas orejas armoniosamente puntiagudas?... ¿Ha intentado usted alguna vez la cirugía estética?

—No veo la razón para ello.

Mi emoción iba en aumento, pero creí prudente no manifestarlo. Me limité a frotarme las manos con discreción.

—Entiendo, entiendo —dije, afectando calma.— Pasemos a otra cosa.

—Sí, señor Gut.

—¿Se considera usted capacitado, entonces, para triunfar en la televisión?

Mi visitante sonrió con modestia:

—Puede darse cuenta por usted mismo.

—Ya veo, ya veo. Suponga usted que le asignaran un puesto de locutor comercial. Sí, sí, ya sé que no es mucho, pero se trata de una suposición, solamente. En ese caso, ¿qué haría usted?

—Caramba, caramba, señor Gut. Es elemental. Trajecito oscuro entallado, inyecciones de parafina para mantener la sonrisa, brazo doblado en ángulo de 45 grados, cigarrillo encendido en dedos rígidos, transpiración a mares...

—Correcto ¿Y si tuviera usted que asumir la conducción de un programa?

—Vamos, vamos, señor Gut. ¿Guasoncitos estamos, eh? Nada más fácil: espeso maquillaje color ladrillo, cuello duro, chistecitos a la locutora auxiliar, miradas iracundas y disimuladas al chico del micrófono, castañeteo de dedos al camarógrafo...

—Sí, sí, acierta usted en eso. Pero yo digo, en cuanto al programa en sí.

—Nada más simple. Hablar siempre uno, sin dejar al participante meter baza, hacerse las preguntas y responderlas, apabullar al infeliz exclamando con sonrisa burlona cada vez que balbucea algo: "¿Cómo dice, señor? ¡Más fuerte, por favor! ¡Más fuerte y bien enfrente a la cámara, que no lo va a comer!". En fin, se dará usted cuenta de que no puedo agotar aquí mi repertorio...

—Naturalmente, naturalmente. Pero, perdone que a esta altura aún intente poner a prueba sus estupendas cualidades. ¿Y si debiera hacer de primer actor? Primer actor en un teleteatro, ¿eh?

—¡Quite usted de ahí, señor Gut! Miel sobre hojuelas, para este servidor: grandes patillas empolvadas, voz espesa, ojeadas a las cámaras en los primeros planos y, en todo momento, intentos de tapar con mi cuerpo a los demás actores. Además olvido absoluto del libreto, reloj pulsera en obras que transcurran en la Edad Media...

En este punto ya no pude contener mi alegría y abrí mis brazos a aquel joven maravilloso:

—¡Venga usted aquí, a que lo estreche contra mi corazón, flor y nata de la andante televisión, pujante promesa del arte nacional, cierto propietario dentro de pocos meses de un apartamento de propiedad horizontal, un Porsche Sport y succulentos contratos! ¡Venga usted a mis brazos y prepárese a iniciar desde mañana su deslumbrante carrera o dejo de llamarme Gut y la televisión es una cosa serial

Luego le dí cita para el día siguiente en el canal, lo acompañé hasta la puerta y volví a las **Obras Completas** de Nené.

Como Sabat Ercasty:

De pie sobre las rocas telúricas del Mar que se dilata
hasta el verde confín donde el Tritón retoza y las
[Nereidas llaman,
oh, Padre de las Aguas, Dilúvico Señor de las espumas
[laicas,
a tí llego en el Viento, en el acre salitre que las olas me
[entregan.
Los ancestrales Ritos que preservan Ancianos de barbas
[augusteas,
y lanzan a la Atmósfera un himno de míficas cadencias
[siderales,
decretaron tu amarga caricia mitológica que viene del
[Espacio
para el cósmico mal que invadió de improviso mi planta
[de gigante.
Y aquí estoy, oh, Neptuno, Poseidón oceánico, Divinidad
[Hachadosoica,
y penetro en la onda y me baño en su linfa y reabsorbo
[su plankton,
porque después —Sténtor de una nueva admirable—
[proclamaré al Planeta
que es cierto lo prescrito y que el agua de mar cura los
[callos.

Como Juan Cunha:

Ya me voy, ya me despedido
no tengo por qué quedarme
si nadie viene a buscarme
y a ninguno se lo pido.

Agua del cielo me moja
el traje montevideano,
agua del cielo en la mano
con acre gusto a coscoja.

Aquí está mi bataraz
que ya es un gallo mayor
y me saca de un error
que me sonroja la faz.

Se me remueve una espina
en el corazón clavada,
porque yo le hacía nidada
creyendo que era gallina.

Campo, campo, vaca pampa,
otra vuelta, buey barcino,
es más alegre el camino
con un clavel en la guampa.

Como Fernán Silva Valdez:

Tango.
Me gusta cuando llorás como una hembra,
porque entonces te abrazo
como si tu voz de mujer tuviera curvas de guitarra.
Tango.
Cuando te sale de adentro el hipo de tu canto
es como si tuvieras roto el tanque arrugado de tu fueye
y perdieras por la rendija
las lágrimas que los malevos dejaron empañadas.
Tango.
Con vos y con tus gaviones y percantas
hamacándose en la misa del ceremonial arrabalero
aprendí este oficio de escribir versos
y estrenar en la Comedia Nacional.

Tango.

Y si antes tu música me daba el lujo de una sentada en las baldosas rojas de la Academia, allá en Brecha, ahora lo que recuerdo de tus letras, tango, me permite roncar algún lunfardo, que interrumpe la siesta de Juanita y hace poner colorado a Monseñor en esta otra Academia fifí del Palacio Taranco, tango.

Como Idea Vilarriño:

Si pudiera decir
no no no quiero
y torcer pero sí torcer
torciendo
esta luz pero y qué?
mejor que sea
lo que el mundo feroz
esteotromundo
quiere que sea sí quiere que sea
y escriba versos
para que otro lea
en vez en vez de ser como quería
en seguro
y lejano lejano paraíso
camarera de PLUNA
sí de PLUNA.

Como H. Alsina Thevenet:

FUJISAWA, CREADOR INUSUAL

Algún crítico inglés contemporáneo ha dicho de Mishimoto Fujisawa que en sus films la imagen va más rápido que la banda sonora. Esto parece ser un elogio a la increíble noción del ritmo cinematográfico que el hombre posee e impone a sus obras, aunque algún joven cronista montevideano prefirió hablar de una velada alusión británica a un proyector estropeado. En todo caso, cabe elogiar la presencia de un realizador que, en menos de una docena de obras, ha recorrido una inusual gama de posibilidades y filmado continuamente el con-



flicto dramático del divorcio (*Oyendo to bunai michigata*, 1943), el tema del hombre disgregado espiritual y físicamente (*Atomikai ye Hiroshima*, 1945), el reencuentro con el amor de la juventud (*Kamote ichi saroyan*, 1948)

o una ácida crítica al militarismo (*Milikai ye ogun to kretinoto*, 1943).

Al igual que muchos creadores de esta época, Fujisawa ha debido rendirse periódicamente a las imposiciones de un arte que, como el cinematográfico, sostiene a sus esporádicos hombres geniales con el monótono trabajo comercial de sus artesanos. Ello puede explicar que en los films del realizador japonés, la veracidad de clima y la maestría en la descripción de psicologías inusuales no sean llevadas hasta las últimas consecuencias estéticas. Fujisawa sabe que un *travelling* a través de un bosque que propone un mágico contrapunto de luz y sombra, mientras Machiko Myo es perseguida por un presunto violador y bandolero (*Rasho Pum*, 1952) debe terminar necesariamente —de acuerdo a esas inevitables imposiciones de la industria— en el letrero de una estación de servicio donde una conocida firma petrolera anuncia: "Aire Gratis". Pero aún en esas concesiones Fujisawa obtiene un espléndido rendimiento del ambiente, con un montaje alterno que incluye a la mujer flácidamente tendida en la hojarasca. Ese mismo letrero —debe anotarse— reaparecerá, funcionalmente encuadrado— en otros films del director: *Noguma to calabozai* (1953), que describe la singular aventura cotidiana de un carterista en Yokohama; *Takedo ichi uchi* (1954) donde un viejo samurai llega tarde a la oficina y pierde su empleo de conserje; finalmente, en un breve pasaje (posteriormente eliminado en el cuarto de montaje, pero conservado en la versión que custodia la *Film Library del Modern Art Museum* de Abilene, Texas) de *Mitoui ochimura nagatakawa*, un film de *avant-garde* que el propio Fujisawa ha retirado de su filmografía oficial por una célebre discrepancia con el vestuarista. (Gavin Lambert, en *Film Review*, mayo 1958, ha mencionado el episodio; Jacques Doniol-Valcroze y Lo Duca también lo recogieron en dos medios artículos críticos [*Cahiers du Cinema*, 63: *Bianco* c

Nero, 316]. Los tres coinciden en atribuir el cartel a la imposición de Tanaro Okai, propietario de la estación de servicio y fuerte inversor en el primer film de Fujisawa [*Toguchi ichisan andebu*, 1923] un corto metraje en dos actos sobre la jornada de una mujer galante enamorada de un bonzo, aunque la falta de celuloide impidió agregar a la versión los episodios nocturnos).

En Venecia 1951, Cannes 1953 y Punta del Este (donde Fujisawa estuvo fugazmente en el Festival de 1955, durante 12 horas, y se retiró después que, en una lamentable confusión, el doctor Saúl Judo, presidente del Jurado, le diera un *smoking* para limpiar), la obra del notable realizador ha recibido diversos lauros. Algún crítico montevideano debió discutir largamente con los exhibidores (unos señores que algo importan) y con Mauricio Pushman, para que la película de Fujisawa (*Aji no Moto Dancing*, 1954), una amarga y alucinante pintura de la decadencia de una madre de familia en la sociedad feudal) no fuera proyectada fuera de programa y, casi, fuera de la pantalla. La medida parece haber sido oportuna: *Aji no Moto Dancing* reunió los sufragios mayoritarios del Jurado y de la crítica uruguaya (un grupo de esforzados que algún cronista contemporáneo ha definido como "un grupo de esforzados") y hubiera recibido el *Liber*, a no por el doctor Judo, que se opuso y votó por *The Poor Little-Bittle Doll*, el film musical de Debbie Reynolds y Sal Mineo.

Hasta este momento, no existía en español estudio crítico importante de Fujisawa. (No puede considerarse tal, por razones diversas, el folleto Fujisawa y su estilo —edición apócrifa, 1957— de Ramón Tanco, inspirado obviamente en el opúsculo de André Bazin *Fujisawa et son style*, que además está agotado). Mientras tanto, Fujisawa sigue filmando. Quienes han visto sus últimas obras, señalan que el rasgo predominante del realizador (una incisiva denuncia de la realidad social, la cuidada artesa-

nía que opera en tres y hasta ocho planos, un mood que recuerda la mejor época de von Stroheim —otro rebelde que no transigió con las estaciones de servicio y fue anulado por la estructura de la industria— se agudiza inusualmente. Aquí, en la frase final, todos los críticos de cine acostumbra a poner un colofón ingenioso y/o cínico, pero a mí no se me ocurre nada.

(Primera de una serie de seis notas sobre Mishimoto Fujisawa.)

PRINCIPALES FILMS

- 1909 (Como actor) **Nenu plshu**, un cortometraje doméstico filmado por su padre, R. Fujisawa, en 8 mm., que registra una travesura doméstica del pequeño Mishimoto.
- 1922 (Como libretista) **Akutagai ipana to ochiro**, de Makako Tagai, un cortometraje de propaganda para la flamante industria nipona de afiladores de gancho, cuyas copias fueron destruidas por un tifón.
- 1923 **Toguchi ichisan andebu**, con Tanaka Akuma y Achalai Komoto, sobre el sacerdote budista que inventó la radio y fue condenado a reencarnarse en Raúl Fontaina.
- 1923 - 1943 Fujisawa no filma, debido a que se encuentra haciendo el servicio militar.
- 1943 **Milikai ye ogun to kretinoto**, con Tanaka Akuma y Achalai Komoto (en ese momento, el matrimonio de actores adorado por todos los fans japoneses), una acre descripción del servicio militar.
- Oyodo to bunai michigata**, con Tanaka Akuma, Achalai Komoto y el mismo Fujisawa, sobre el problema del divorcio en la sociedad feudal.
- Kamote ichi saroyan**, con Tanaka Akuma (ya convertida en la vida real en esposa de Fujisawa) y Douglas Macartuchi, el actor nipo-americano.
- 1951 **Huija, huija takei**, documental que obtuvo el León de Plata en Venecia 1951.
- 1952 **Rasho Pum**, sobre lo difícil que es entender a las mujeres, con Tanaka Akuma, Machiko Myo y otras. (Posteriormente a este film, Fujisawa se divorció de Tanaka, lo cual dio origen a varios films más, de importancia menor.) Gran Premio de Cannes 1952.
- 1953 **Noguma to calabozai**, con Toshiro Rajate, sobre el problema de la delincuencia en los ómnibus de Yokohama.
- 1954 **Takedo ichi uchi**, una punzante historia de samurais en el febril ambiente de un gran edificio de oficinas. Con el notable actor de kabuki Tachiro Umurata, Shirley Omitoto y el propio Fujisawa. (Durante la filmación, el realizador se casó

con miss Omitoto, a cuyo hijo nacido el año anterior, la prensa especializada atribuyó la paternidad de Fujisawa.)

Aji no Moto Dancing, con Machiko Myo, Douglas Macartuchi, Shirley Omitoto y Tadeo Forst, sobre una madre soltera que cae en la corrupción y el vicio por culpa de un alemán. Premio de la Crítica en Punta del Este 1955.

La filmografía completa de Mishimoto Fujisawa puede consultarse en los correspondientes manuales. Los datos para este trabajo fueron obtenidos en diversas publicaciones. Entre ellas, **Sight and Sound**, mayo 1954; **Cahiers du Cinema**, 83; **Bianco e Nero**, 316. También se manejaron artículos especializados. Por ejemplo: **The Sculptural, Rough and Magnificent Fujisawa I Knew**, de Truman Capote, en **Playboy**, diciembre 1957; **Fujisawa and the Gas Station**, de Patrick White-Brains; **What's that guy Fujisawa?**, de Sam Goldwyn, tal como se lo contó a Mary Swoboda en **Coronet**, junio 1956; **I hate Fujisawa**, por Tanaka Akuma, en el Diario de Sesiones de la Dieta Japonesa, primer trimestre de 1953; **Fujisawa, est-il un cambrioleurf**, de Francis Carco, en **Paris by Night**, folleto turístico de la Pan American; **Yo y Fujisawa en El Médano**, por un enviado especial de **El Debate**.

Como Arkady Averchenko:

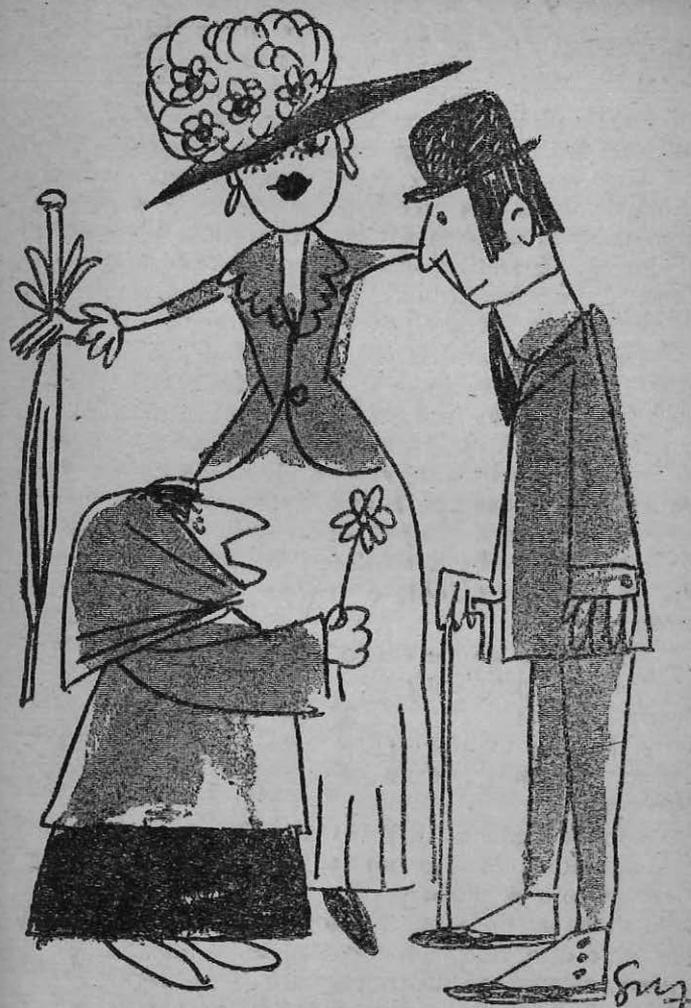
EL VUELTO EN KOPECS

Piotr Suvarin descendió del tram-vía en la intersección de las calles Pilosoff y Milevski y se dirigió al Negociado de Asuntos Extranjeros, donde ocupaba un cargo de amanuense. Una ligera llovizna caía sobre San Petersburgo y Piotr juró por lo bajo, cuando un coche de punto, al pasar a su lado, salpicó las immaculadas polainas blancas que su primo Sacha le había regalado para Pascuas.

Como todas las semanas, Piotr encendió un cigarro de Crimea, se detuvo ante la florería de la calle del Buen Zar Dmitri, para comprar un clavel blanco a la vieja Anya Kondratievna, y pagó con un billete de cinco rublos, recibiendo un vuelto de doce kopecs. En ese preciso momento una hermosa muchacha rubia saltó de un carruaje que corría en dirección a la avenida Stagora-Nevski y se arrojó en brazos de Piotr, balbuceando entre sollozos frases en alemán.

Asegurando firmemente a la joven con su brazo izquierdo (no todos los días un joven soltero, con una posición en la burocracia imperial, buena salud e irreprochables antecedentes en materia de *bridge*, puede estrechar contra su pecho a una bella desconocida que domina el alemán) Piotr interpelló a la vieja Anya, señalándole con bondadosa firmeza que el vuelto contenía tres rublos y seis kopecs de menos, como todas las mañanas.

La anciana florista, originaria de Nijni-Novgorod, rompió a llorar como una Magdalena, jurando por el Zarevich que era inocente.



—¡Padrecito Piotr Alexeievich Suvarin! —gritó entre lágrimas—. ¿Cómo puede ocurrírsele que la vieja Anya quiere estafarlo? ¡He servido a su señor padre, el abogado Anton Guerman Suvarin, y antes a su distinguido abuelo, el señor conde Serguei Andreievich Suvarin, que Nuestro Señor tenga a Su Diestra, a quien todas las floristas de San Petersburgo llamábamos Bobotchka!

Una vez pronunciado ese discurso habitual —interrumpido dos o tres veces para atender a otros clientes— la vieja Anya devolvió a Piotr, como todas las semanas, el dinero cobrado de más y luego se volvió hacia los demás parroquianos, que hacían fila para reclamar por la inexactitud de sus respectivos vuellos.

Libre por fin de la vieja Anya Kondratievna, Piotr pudo dirigir su atención a la desconocida. Vestía la joven un bello traje color amaranto y calzaba finísimos escarpines de cabrito. Una graciosa toca color malva adornaba su opulenta cabellera de bronce. Como continuaba sollozando, Piotr creyó oportuno averiguar la causa.

—¿Lee usted a Chejov? —preguntó a la desconocida.

—No —dijo ella derramando abundantes lágrimas y con un gracioso pañolito de encaje marfileño oprimido contra sus ojos.

—Entonces, no me explico —reflexionó Piotr.

Con un grito ahogado, la joven se separó de los brazos de Piotr.

—¡No me toques! —gritó dramáticamente—. ¡No te atrevas a tocarme con tus despreciables manos, Natalio Efimovich!

—Pardonez-moi —dijo entonces Piotr, usando la cortesía aprendida de su primo Sacha, el cual había visitado París durante la primavera de 1895— pero creo que se halla usted en un error. No soy ese Natalio Efimovich que usted dice, sino Piotr Suvarin, de los Suvarin de Vorontsov, amanuense supernumerario en el Negociado de Asuntos Extranjeros y nieto preferido del conde Serguei

Andreievich Suvarin, coronel de la Caballería del Zar.

Una sonrisa brilló en el angélico rostro de la desconocida, como un rayo de sol que se abre paso entre la lluvia:

—¿Realmente, no es usted Natalio Efimovich Poniatowski, tercer hijo de la Condesa Viuda Poniatowska, cuya familia fue exilada en Varsovia en 1856 por el Rey Ladislas? —preguntó la joven.

—Se lo aseguro a usted —dijo Piotr.— Pero su rostro no me es desconocido. Quizás nos hayamos visto durante la estación termal, en el Caspio, en casa de los Ebranlov...

—Conozco a la menor de los Ebranlov, Margarita Ekaterina, prometida al teniente de la Guardia Imperial Simeón Dszhevski Djugashvili; tuvimos a la misma institutriz inglesa, miss Eglantine Mayhew —respondió la desconocida—. Pero nunca he tratado a nadie que se llamara Suvarin.

En ese momento el reloj de la Iglesia del Patriarca Ignatz dio las nueve y Piotr recordó que debía entrar a su oficina. Quitándose amablemente el sombrero, besó la mano de la joven rubia, le ofreció el clavel blanco de la vieja Anya Kondratievna y se marchó de prisa.

La joven desconocida titubeó un momento bajo la lluvia de San Petersburgo y luego tomó asiento en un banco de la florería, sirviéndose una taza de té del humeante samovar de Anya Kondratievna.

—Tendrás que inventar otra cosa, babushka —dijo a su abuela, la vieja Anya—. Este demonio de Piotr Suvarin, en el momento de recibir el cambio no se distrae por nada del mundo.

I N D I C E

Prólogo por Baltasar Pombo	9
I — USOS Y COSTUMBRES	
Conferencia en la Punta	13
Blues del crimen pasional	18
Infante juvenil	19
El español en el aire	23
Decálogo del asqueroso	26
Sonetario nacional	31
Libertá de reunión	34
La navegación aérea	39
La muerte camina hacia Scaldaferro	45
La estadística y la clase media	54
El municipio y yo	58
La Dolce Vita	63
El viaje al Este	69
La revolución	75
Elegía por el año viejo	80
II — BALTASAR POMBO, POLIGRAFO COMPATRIOTA	
Pombo, gran olvidado	85
Pombo, profesor	90
Pombo, renunciante	94
III — LAS SOMBRAS EN LA CAVERNA	
Como Jorge Luis Borges: Alegoría de las motonetas	103
Como Mark Twain: Mi semana en Crocodile Creek	107
Como Mario Benedetti: Poemas del almacén	111
Como Larra: Yo quiero ser célebre	116
El Parnaso Oriental	122
Como H. Alsina Thevenet: Fujisawa, creador inusual	125
Como Arkady Averchenko: El vuelto en kopecs	130